



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Almar, pensando en las consecuencias de aquella aventura, pensando en su separación de Amasia, tuvo un sentimiento de mal humor contra su tío. ¿No era el señor Keraban el que por una nueva obstinación les había arrojado á otra aventura? ¿No les había impedido, no les había positivamente prohibido el acariciar á la cabra tan sólo por engañar al buen hombre del juez, que al fin y al cabo se había mostrado más astuto que ellos? ¿Quién tenía la culpa, si acababan de caer en aquel lazo tendido á su simpleza, y si estaban amenazados de quedar prisioneros, al ménos por algunos días?

También, por su parte, el señor Keraban rabiaba sordamente, al pensar en el poco tiempo que le quedaba para terminar su viaje, si quería llegar á Scutarri en el plazo determinado. ¡Una terquedad tan inútil como absurda, que podía costar toda una fortuna á su sobrino!

En cuanto á Van Mitten, miraba á derecha é izquierda, balanceándose con una pierna sobre otra, muy disgustado de su persona, osando apenas llevar los ojos hasta Bruno, que parecía repetirle aquellas palabras de mal agüero:

—¿No os había prevenido, señor, que tarde ó temprano os sucedería alguna desgracia?

Y dirigiendo á su amigo Keraban este simple reproche, en suma bien merecido,

—¿Por qué impedirnos el pasar la mano por el lomo de ese inofensivo animal?— dijo.

Por la primera vez en su vida, el señor Keraban se quedó sin poder responder nada.

Sin embargo, los gritos ¡á la cárcel! se oían y aumentaban con más energía, y Scarpante no se hacía rogar para gritar más alto que los demas.

—¡Sí, á la cárcel esos malhechores!— repitió el vengativo Yanar, dispuesto á prestar mano fuerte

á la autoridad, si era necesario. — ¡Que les lleven á la cárcel! ¡Á la cárcel los tres!

— ¡Si, los tres.... á ménos que uno de ellos no se acuse el solo culpable! — repitió la noble Saraboul, que no hubiera querido que dos inocentes pagasen por un culpable.

— ¡Eso es de mucha justicia! — añadió el juez. — Pues bien, ¿cuál de vosotros ha intentado penetrar en esa habitación?

Hubo un momento de indecision en el espíritu de los tres acusados, pero no fué de larga duracion,

El señor Keraban habia pedido al juez permiso



¡Á la cárcel! ¡Á la cárcel!

para hablar un instante con sus dos compañeros, lo que le fué otorgado: despues llamando aparte á Ahmet y Van Mitten, con aquel tono que no admitia réplica.

— ¡Amigos míos — les dijo — verdaderamente no hay que hacer más que una cosa! ¡Es necesario que uno de nosotros tome á su cuenta toda esta estúpida aventura, que no tiene nada de grave!

Aquí el holandés comenzó, como por presentimiento, á rascarse la oreja.

— Ahora — repuso Keraban — la eleccion no puede ser dudosa. ¡La presencia de Ahmet, en muy corto plazo, es necesaria en Scutari para la celebracion de su matrimonio!

— ¡Si, tío, sí! — respondió Ahmet.

— ¡La mía tambien, naturalmente, puesto que debo asistir en mi calidad de tutor!

— ¿Hein? — dijo Van Mitten.

— ¡Por lo tanto, amigo Van Mitten — repuso Keraban — no hay objecion posible, creo! ¡Es necesario que os sacrificéis!

— Pero.... ¿qué?

— ¡Es necesario acusaros! ¿Qué riesgo correis? ¿algunos días de prision? ¡Bagatela! ¡Nosotros sabrémos sacaros de ella!

— Pero.... — respondió Van Mitten, del que parecia que se disponia sin miramiento á su persona.

— ¡Querido señor Van Mitten — repuso Ahmet — es necesario!.... ¡En el nombre de Amasia os lo su-

plico! ¿Queréis que todo su porvenir se pierda, que por falta de llegar á tiempo á Scutari....

— ¡Oh, señor Van Mitten! — vino á decir la jóven, que había oído aquel coloquio.

— ¿Qué.... ¿quisierais? — repethi Van Mitten.

— ¡Hum! — se dijo Bruno, que comprendía lo que pasaba; — una estupidez más que quieren hacer cometer á mi amo!

— ¡Señor Van Mitten! — repuso Ahmet.

— ¡Vamos.... un buen apretón! — dijo Keraban apretándole la mano fuertemente.

— Sin embargo, los gritos ¡á la cárcel! ¡á la cárcel! continuaban, siendo cada vez más amenazadores.

El desgraciado holandés no sabía qué hacer, ni á quien oír. Decía que sí con la cabeza; después decía que no.

En el momento en que los individuos de la posada se abalanzaban para coger á los tres culpables á una señal del juez:

— ¡Deteneos! — dijo Van Mitten — con una voz que no parecía todavía convencido del todo. — ¡Deteneos! Creo que he sido yo el que ha....

— ¡Bueno! — dijo Bruno — ¡eso está bien!

— ¡Golpe errudo! — se dijo Scarpante, sin poder retener un movimiento de despecho.

— ¿Sois vos? — preguntó el juez al holandés.

— ¡Yo.... et.... yo!

— ¡Bien, señor Van Mitten! — murmuró la jóven Amasia al oír de aquel digno hombre.

— ¡Oh, sí! — añadió Nedjeb.

Durante aquel espacio ¿qué hacía la noble Saraboul?

Pues bien, aquella inteligente mujer observaba, no sin interés, al que había tenido la audacia de atacarla.

— ¿Así es que — preguntó el señor Yanar — sois vos quien habeis osado penetrar en la habitación de esta noble kurda?

— ¡Sí!.... — respondió Van Mitten.

— Pero no tenéis el aire de ladrón.

— ¿Ladron?....; Yo.... un negociante!; Yo.... un holandés.... de Rotterdam!; Ah, no! — exclamó Van Mitten, que ante aquella acusación no pudo retener un grito de indignación bien natural.

— ¡Pues entonces!.... — dijo Yanar.

— ¡Pues entonces!.... — dijo Saraboul — entonces.... es mi honor al que habeis intentado comprometer?

— ¡El honor de una kurda! — exclamó el señor Yanar, llevándose la mano al yatagan.

— No me disgusta del todo este holandés — repetía la noble viajera, disminuyendo su cólera algun tanto.

— Pues bien, toda vuestra sangre no será suficiente para pagar semejante ultraje — repuso Yanar.

— ¡Hermano mio.... hermano mio!....

— Si os rehusáis á reparar el ultraje....

— ¡Hein! — dijo Ahmoet.

— Os casaréis con mi hermana, ó sí no....

— ¡Por Allah! — se dijo Keraban — Hé aquí otra complicación.

— ¿Casarme.... yo casarme?.... — respondió Van Mitten, levantando los ojos al cielo.

— ¿Rehusáis? — exclamó el señor Yanar.

— ¡Sí, rehuzo, rehuzo!.... — respondió Van Mitten, en el colmo del espanto. — ¡Si ya lo estoy!....

Van Mitten no tuvo tiempo de acabar su frase. El señor Keraban acababa de cogerle por el brazo.

— ¡Ni una palabra más! — le dijo. — ¡Consentid; es necesario, sin vacilación!

— ¿Yo consentir; yo.... ya casado?....; Yo — replicó Van Mitten — yo bigamo!

— En Turquía...., bigamo, trígamo, cuadrígamo, está perfectamente permitido; por lo tanto, decid que sí.

— ¡Pero!....

— Casaos, Van Mitten, casaos. De esta manera no tendréis ni una sola hora de prisión. Continuaremos el viaje juntos; después, una vez en Scutari, tomáis el camino más corto, y buenos días á la nueva señora, Van Mitten.

— ¡Por Dios, amigo Keraban, no me pidais una cosa imposible! — respondió el holandés.

— Es necesario, ó todo se pierde.

En aquel momento el señor Yanar, cogiendo á Van Mitten por el brazo derecho, le decía:

— Es necesario.

— Es necesario — repitió Saraboul, que vino á su vez á cogerle por el brazo izquierdo.

— ¡Pues entonces, bueno! — respondió Van Mitten, que sus piernas apenas tenían fuerzas para sostenerle.

— ¿Qué, señor, vais á ceder todavía sobre ese punto? — dijo Bruno aproximándose.

— ¡No hay medio de hacer otra cosa, Bruno! — murmuró Van Mitten con una voz tan débil que apenas pudo oírsele.

— Entonces derecho — exclamó el señor Yanar, levantando con un golpe seco á su futuro cuñado.

— Y firme — repitió la noble Saraboul, dirigiéndose también á su futuro esposo.

— Como debe estar el cuñado....

— Y el marido de una kurda.

Van Mitten se había arrojado vivamente bajo la influencia de aquel doble impulso; pero su cabeza no cesaba de agitarse como si hubiese estado medio separada de la espalda.

— ¡Una kurda! — murmuraba. — ¡Yo, ciudadano de Rotterdam, casarme con una kurda!

— No tenais nada. Casamiento de diversion — le dijo en voz baja el señor Keraban.

— ¡No se deben tonar á broma estas cosas! — respondió Van Mitten con un tono tan compungido, que sus compañeros tuvieron que aguantarse la risa.

Nedjeb, mostrando á su señora la figura expansiva de la viajera, la decía por lo bajo:

— Si no me engaño, ésta debe ser una viuda que corre en busca de un marido.

— ¡Pobre señor Van Mitten! — respondió Amasia.

— ¡Hubiera preferido mejor ocho días de prisión — dijo Bruno levantando la cabeza — que ocho días de este matrimonio!

Sin embargo, el señor Yanar se había vuelto hacia los viajeros existentes allí y decía en alta voz:

— Mañana, en Trabisonda, celebraremos con gran

pómpa los esponsales del señor Van Mitten y la noble Saraboul.

À aquella palabra «esponsales» el señor Kerabau, sus compañeros, y sobre todo Van Mitten, pensaron que aquella aventura sería ménos grave de lo que se podía temer.

Però es necesario hacer observar que, según las

costumbres del Kurdistan, los desposorios forman el nudo indisoluble del matrimonio. Podía compararse esta ceremonia al matrimonio civil de ciertos pueblos europeos y à la que sigue el matrimonio religioso, por el cual termina la union de los esposos. En Kurdistan, despues de los desposorios, el marido no es todavìa verdaderamente más que novio, pero es un



Kerabau y sus compañeros hicieron una soberbia entrada en la capital.

novio absolutamente ligado à la que él ha escogido, ó à la que le ha escogido, como sucede en el presente caso.

Lo que fué debidamente explicado à Van Mitten por el señor Yanar, que terminó diciendo:

— Por lo tanto, desposado en Trebisonda....

— Y marido en Mossoul—añadió tiernamente la noble kurda.

Y aparte Scarpante, en el momento en que abandonaba el paradero por la puerta que acababa de ser abierta, pronunciaba estas amenazadoras palabras para el porvenir:

— ¡La astucia ha fracasado!.... ¡Pues bien, acudamos à la fuerza!

Despues desapareció, sin haber sido observado ni del señor Kerabau ni de ninguno de sus compañeros.

— ¡Pobre señor Van Mitten!—repetía Ahmet al ver la fisonomía descompuesta del holandés.

— ¿Por qué?—respondió Kerabau.— Es cosa tan solo para tomarse à risa. ¡Unos esponsales nulos! Será cuestion de diez dias. No importa nada.

— Evidentemente, tío; pero desposado en diez dias con esta imperiosa kurda, importa.

(Se continuará.)

# EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

En vano arañó el flotista á su instrumento las sondas más adecuadas para acelerar la marcha de las serpientes y excitar su cólera. Los bandidos lojan por la derecha, y al domesticador, inmóvil en la otra orilla, no podía poner en su pista á los ofidios.

—¡Anda, mentecato, silba á tu antojel! Como no tengas una buena piragua dispuesta á navegar, ya verás para qué te sirve la flauta. Si alguna vez te pones á mi alcance te voy á desollar vivo.

Conjurada la inminencia del primer peligro, tranquilizáronse los cuatro malandrines. La sabana inundada tenía bastante fondo para permitirles bogar sin dificultad. Su canoa se deslizaba silenciosamente sobre las fangosas aguas rozando las plantas acuáticas, de las que brotaban enjambres de cínifas.

—Esta sabana es un lago, un verdadero lago—dijo Benedicto.—Parece que navegamos en plano horizontal. No importa; al lado del plomo está el oro, ¿no es verdad, Bonnet?

—A propósito, ¿y tu pierna?

—No está mal. Creo que me curaré pronto. Sigue aplicándome compresas de agua con aguardiente, y me siento muy bien.

—Perfectamente. Hemos tenido demasiado miedo. Ya era tiempo, y no podemos quejarnos de la suerte.

Después de todo, no se poseen truchas á bragas enjutas. No hay que pensar en recoger el oro ya acuñado. El éxito ha sido satisfactorio. El tiempo y la paciencia harán lo demás.

—Es igual—repuso Tinguý, á cuyas demacradas mejillas no había vuelto la sangre—daría algo bueno por saber quiénes son los autores de esa jugarreta. ¿Crees tú, jefe, que sabes tantas cosas?

—No sé qué decirte—respondió, evidentemente halagado en su amor propio por la sencilla admiración de aquel tímido.—Si los conozco, que se coman mi lengua todos los caimanes de la colonia. Mas aunque ignoro esto, no me sucede lo mismo con los motivos que les han impulsado á obrar. Para mí, es indudable que nos encontramos en los confines del país del oro. Nuestros enemigos no se hubieran ocupado en detenernos por una cosa insignificante. Es preciso que busquemos un agujero para deslizarnos en este paraíso de lingotes. Mirad, aquí todo parece de oro.

Este ébano con sus flores amarillas, esos cáscos con sus plumas de oro, esas plantas acuáticas que cubren la sabana con una capa dorada....

—Es verdad—exclamaron como un solo hombre los tres bribones, quienes, á pesar de su prosaísmo, se sentían conmovidos á la vista de aquel increíble esplendor de la Naturaleza.

Realmente ofrecía con loca profusión el color del metal que iban á adquirir y que se ataviaba para ellos como una sultana poco escrupulosa en la elección de su cortejo.

Aquella singular navegación en las muertas aguas continuó por mucho tiempo, pues la sabana parecía interminable. Los aventureros bogaban siempre sin que el cansancio triunfara de su feroz energía. Rodeaban inmensos macizos de gigantescas plantas, de las que salían volando las aves acuáticas, turbadas por primera vez en su solitario albergue. Internábanse en bancos de movable fango, se agarraban á las raíces y se enredaban en los bejucos. Nada podía contener su ardor; y para superar aquellos obstáculos empleaban toda su paciencia, esa paciencia del presidiario que lima los fierros, abre los calabozos y mina las murallas.

Dedicaban el menor tiempo posible á la comida. Todas sus fuerzas, todas sus facultades se concentraban en una sola función: el manejo de los pagayos. Por la noche se aproximaban á la orilla, sujetaban las hamacas á las ramas bajas y dormían sobre las tranquilas aguas con tanto sosiego como si su conciencia hubiera estado al abrigo de los remordimientos, y como si el sudario de los europeos no hubiese servido de cubierta á sus miserables cuerpos.

¡Cuán admirables resultados hubiesen producido aquella fuerza, aquella inteligencia honradamente puestas al servicio de una buena causa!

Benedicto corregía siempre el rumbo. El límite exterior de la sabana, opuesto á la orilla del riachuelo de las serpientes, describía una larga curva que encañinaba á los cuatro hombres hacia el interior de las tierras. Esto era una fortuna para ellos. Habían recorrido un cuarto de círculo cuyos radios convergían en las montañas de oro.

Las previsiones del jefe se habían confirmado ple-



namente hasta entónces. Si los terrenos inundados seguían afectando aquella curvatura durante tres días, esperaba tomar de revés la region desconocida hácia la que tendían todos sus esfuerzos. Sin duda habían recorrido una semicircunferencia, y debían encontrarse en el otro extremo de la línea que pasaba

por las montañas, cuya posición señaló Benedicto.

Por la mañana del cuarto día descubrieron que la orilla parecía prolongarse en línea recta y que se dejaba sentir una débil corriente. Era tanto más fácil de comprobar el hecho, cuanto las aguas llevaban en suspensión numerosos corpúsculos rojos de peróxido



Dormir en medio del agua.

de hierro. La línea circular se quebraba lentamente, prolongándose hasta perderse de vista.

—¡Ea!— dijo el jefe—hay que tomar el tiempo conforme viene y el terreno conforme es. La sabana se dirige, indudablemente, hácia un riachuelo; pero éste ¿á dónde va? No tardaremos en saberlo.

En efecto, era imposible prejulgar algo acerca de su curso. Las corrientes de agua de Guayana presentan la particularidad de que no siguen necesariamente los valles encajonados entre las colinas. Con frecuencia ofrecen una dirección perpendicular á los

planos montañosos y llegan al río de que son tributarios formando una serie de saltos.

El arroyo, alimentado por la sabana inundada, podía ir lo mismo á la derecha que á la izquierda. La piragua se internó en aquella depresion cuyas orillas estaban cubiertas de espesas plantas acuáticas. Á trechos surgian escueltas rocas, y el agua estaba cada vez más cargada de peróxido de hierro. Á poca distancia empezó á estrecharse el cauce hasta el punto de no tener más que diez metros de anchura.

La navegación duró un día más. Las rocas aumen-

tajan por momentos, y Benedicto, que tenía gran experiencia de los bosques, comprendió que llegaban pronto á un salto. Aquella perspectiva le contrariaba tanto más, cuanto á la sazón volvía la espalda al país de sus sueños. Un rugido sordo le advirtió que se realizaban sus sospechas.

¿Qué hacer? Era imposible bajar más, y peligroso retroceder. El digno sateconótre estaba perplejo. Bonnet, que á pesar de su herida había logrado sin descanso, resolvió el problema.

—¿Y si enfilásemos aquel arroyo que veo allá abajo por encima de las grandes rocas?

—¿Ves un arroyo?

—¡Caramba! Es preciso ser ciego para no verlo. Mira, allí, cerca de aquel árbol seco.

—¡Tícase razón—repuso el jefe lleno de alegría— y para colmo de felicidad se inclina hacia la derecha. Estamos como queremos, hijos míos. Decididamente somos más afortunados que las personas honradas.

La piragua se internó sin tardanza en el arroyo, que tenía una anchura de cinco metros, encajonado entre una orilla de sesenta centímetros de alto. El arroyo es profundo, y su corriente, ni muy perezosa ni muy rápida, es favorable para la navegación. Abunda en peces, lo cual permite variar la comida ordinaria, compuesta siempre de conservas y salazones.

Benedicto pensaba, y con justicia, que las montañas descubiertas, los terrenos próximos, la gran sabana inundada y los pantanos que la rodean, forman un conjunto relativamente elevado del que se deriva en todas direcciones una multitud de corrientes de agua. Las montañas constituyen el punto culminante, las sabanas son el receptáculo natural de las lluvias, que sirve para alimentar los riachuelos.

Conviene añadir, para la mejor inteligencia de este verdadero relato, que aquel conjunto forma una loma limitada al Norte y al Oeste por el arroyo Sparwina, al Este por el Maroni y al Sur por el riachuelo Ahumani.

El límite Este, no bien conocido, dista unos quince kilómetros del arroyo Arami, afluente del Mana. Esta loma se encuentra en los 5° 45' y 5° 20' latitud Norte. El lado Oeste pasa cerca del 56° 40' longitud Oeste. El punto central, muy elevado, se alza casi enfrente del salto Singa-Tectey, no lejos del sitio en que la reunión del Ava y del Tapannahí da origen al Maroni. Aquella montaña que se descubre desde muy lejos tiene el nombre de Montaña Francesa.

Uno de los oficiales más distinguidos de la marina francesa, Mr. Vidal, teniente de navío, había explorado algunos años antes, en 1861, aquella región enteramente desconocida hasta entonces. Benedicto no debía ignorar aquella expedición, pues el teniente Vidal volvió á San Lorenzo un año de ser expulsado el vigilante. Como quiera que sea, parecía que caminaba con perfecta seguridad, y no hacía sino repetir:

—¡Poseemos el secreto del oro!... En esta loma se halla el punto central, hacia donde deben dirigirse todos nuestros esfuerzos. Registrárenos la planicie, buscaremos una entrada, y si los guardianes del tesoro sostienen en todas partes un ejército permanen-

te de calchras, podremos decir que éste es el imperio del demonio.

Sus compañeros, que participaban de sus esperanzas, agitaban con sus pagayas las tranquilas aguas.

Al cabo de dos días de fatigosa navegación descubrieron una ligera columna de humo que se levantaba en una de las orillas del arroyo. Algunas hamacas de algodón blanco se balanceaban colgadas de los árboles, y unos dos indios surgieron bruscamente de las aguas en cuyas ondas se divertían.

Era demasiado tarde para retroceder, y los aventureros decidieron afrontar valerosamente el peligro. La actitud de los pieles-rojas no era agresiva, y Benedicto, familiarizado con el idioma y con las costumbres de los indios al cabo de cuatro años de permanecer entre los galibis de la costa, esperaba sacar partido del encuentro.

Sin embargo, preparáronse las armas para hacer frente á cualquier ataque, y la piragua avanzó con lentitud. Cuando los cuatro hombres se hallaron á cien metros del campamento, dejase oír detras de la enramada una extraña y bulliciosa música. Era un solo de notas poco variadas, pero emitidas por un aliento poderoso en la inevitable flauta de bambú, sin la que jamás camina ningún jefe de tribu.

—Tinguy y Mathieu, los menos animosos de la tripulación, temblaron de pies á cabeza: ¿Será precursora aquella melopea de salvaje de algun formidable escuadrón de añdios?

Benedicto se echó á reír.

—Vamos—dijo—todo marcha á pedir de boca; se nos ha anunciado y veremos recibidos como amigos. Dejádnos hacer y manifestadme un respeto exagerado. Es preciso que me consideren como un gran jefe.

—Pero ¿qué significa eso?—preguntó Mathieu, cuyo rostro, á pesar de las afirmaciones de su cómplice, se cubría de verdosas manchas.

—Eso quiere decir, compañero, que cada jefe tiene un flautista agregado á su persona, el cual anuncia su presencia con una tocata característica. Es lo mismo que en los países civilizados, donde hay marchas para los regimientos, las divisiones y los cuerpos de ejército. Aquí sucede una cosa parecida; ¡Caramba! La tocata se prolonga. Es un gran jefe. Yo también lo soy, aunque más tropas no son muy numerosas; ¡Qué desgracia que no tengamos ni una mala trompeta! ¡Bah! No importa. Les invitaré á que soplen en un frasco de ginebra, y lo agradecerán más que toda la música del mundo.

—¿Qué te parece?—dijo Bonnet.—¿Les saludaremos con algunos tiros?

—¡Magnífica idea! Esperemos un poco. Atención y preparados; No bogueéis más!

Los pagayos fueron colocados dentro de la piragua, que pasaba rozando con la orilla.

—¡Fuego!...—dijo el aventurero.

Sonaron ocho detonaciones, con gran alegría de los indios, los cuales, asombrados por aquel honor, se pusieron á dar saltos como los clowns mientras el tambor oía sus sonoras; plan, plan, plan! á las agudas notas de la flauta.

Benedicto bajó primero, seguido á respetuosa distancia por sus tres compañeros, que volvieron á cargar prontamente sus carabinas. Como el bastón es la insignia de mando en toda la América ecuatorial, el jefe tenía en la mano un largo *bichieri* con punta de hierro terminando en forma de garabato. Llevaba una carabina á la espalda, un sable en la mano derecha, y no tenía mal aspecto.

Dió algunos pasos y se detuvo ante un indio inmóvil á veinte metros de la choza mayor. Aquel indio, con la cabeza rodeada por una diadema de plumas de cóscico, y en el cuello un hermoso collar de plumas de gallina blanca, combinadas con otras azules y rojas, arrancadas del pecho del tucán y de las alas del ara, también tenía un bastón en la mano. Era el jefe. Dió tres pasos más, y se detuvo también. Estaba próxima á surgir una cuestión de etiqueta.

Hé aquí por qué. Cuando un indio visita á uno de sus congéneres, su toaca particular indica el rango del que llega. Si es superior á aquel en cuya casa entra, el dueño de ella responde con su música, sale de la choza, marcha á su encuentro y se detiene lo más cerca posible de la cabaña. Saluda, pronuncia algunas palabras de bienvenida, y espera á que el recién llegado le presente á las personas de su séquito. Hecho esto le conduce á la cabaña, sus mujeres extienden las hamacas, se traen cigarrillos con *cachiri* y da principio la fiesta.

Si los dos jefes son del mismo rango, el visitado se detiene en la mitad del camino que hay desde la choza al punto de desembarque. El visitante se adelanta hacia él, se verifica la presentación y termina la ceremonia como anteriormente. Si el que visita es un jefe de rango inferior, el otro no sale de su cabaña y le recibe de pie. Si, por último, es un particular, el capitán permanece tranquilamente sentado en su hamaca, y sus mujeres abandonan las ocupaciones habituales. Después se le envía á un albergue vacío, donde está como en su casa; se le suministran víveres, pero no se le tributa honor alguno.

Todas estas ceremonias se ejecutan con incomparable gravedad, y ningún gran chanchelao, ningún introductor de cubajadores cumplen jamás su cometido ni observan las reglas de la etiqueta con tanta precisión como aquellas pieles-rojas pintados de ocre.

Benedicto fué tratado de igual á igual por el capitán indio. Esto ya era mucho, pero él esperaba más. Permaneció, por consiguiente, inmóvil, fijando en su huésped una mirada audaz y hasta provocadora. Ésto, como última concesión pensosamente arrancada á su orgullo, dió algunos pasos.

—¿Quién es este capitán que así recibe al gran jefe blanco? — dijo el aventurero con su igual altivez, empleando el idioma indio. ¿No sabe que yo soy el único y el principal amo de todos los tigres-blancos de la punta Bonaparte? ¿No ha ido nunca el indio á San Lorenzo? ¿Ignota que mis hombres, cien veces más numerosos que los suyos, están á tres jornadas escasas de este sitio?

El piel-roja, estupefacto al oír á un blanco hablar su idioma, se adelantó balbuceando algunas excusas. Él no tenía la culpa. El recién venido no había anun-

ciado su llegada con la música. Había oído decir que el jefe de San Lorenzo tenía flautas de cobre....

—No te han dicho la verdad. Te he saludado con mis fusiles. ¿Has hecho tú lo mismo?

El argumento era tanto más abrumador, cuanto él no tenía armas de fuego. El pobre diablo, confundido por aquella infracción del formulario de la etiqueta ecuatorial, se adelantó dando muestras del más profundo respeto hacia aquel ser de superior esencia que poseía de repuesto razonamientos incontestables.

—Oye, Bonnet—dijo prosaicamente al herido, que marchaba cojeando—diviértete con esos silbidos que tú sabes.

El forzado aplicó los dedos á la boca emitiendo algunas notas estridentes, y luego, con la habilidad que le había valido el título de maestro en aquel arte practicado por sus antiguos compañeros de presidio, imitó el grito del cuato (mono negro), el resaca del tucán, el gáñido del barbon y el silbido del cóscico; pero con una fuerza capaz de desgarrar el tímpano más duro.

Los indios se quedaron en éxtasis. Su admiración era indecible, puesto que sin tener ningún instrumento de música, imitaba aquellos sonidos con sólo introducir los dedos en la boca. La aureola del jefe recibió con esto nuevo esplendor.

—Sea bien venido el capitán blanco á la casa de Ackombaka.

Benedicto alargó la mano al jefe, de quien había oído hablar, pues la fama de su valor llegaba hasta los galibis del Bajo-Marouí. Ackombaka significa *El que ya viene*, nombre que se le daba porque era el primero que acudía siempre al lugar del peligro, lo mismo en la paz que en la guerra.

Mandaba una fracción importante de indios baleones que habían emigrado de la cuneca del Agróuga, uniéndose á los restos de una tribu de thios, diezmados por el alcohol y la viruela.

El antiguo vigilante y sus compañeros fueron llevados con gran pompa á la choza de Ackombaka y comenzó la fiesta bebiendo enormes tragos de *cachiri*. Cuando la copa de la amistad quedó vacía, cuando se fumó el última cigarro, Benedicto, que tenía buenas razones para captarse los simpatías de los pieles-rojas, ordenó que se repartiera ámpliamente ginébra y ron. Esta generosidad hizo que no tardáran en considerarle como un manita de primera clase; Tan arragada se halla entre aquellos desgraciados la afición al vino!

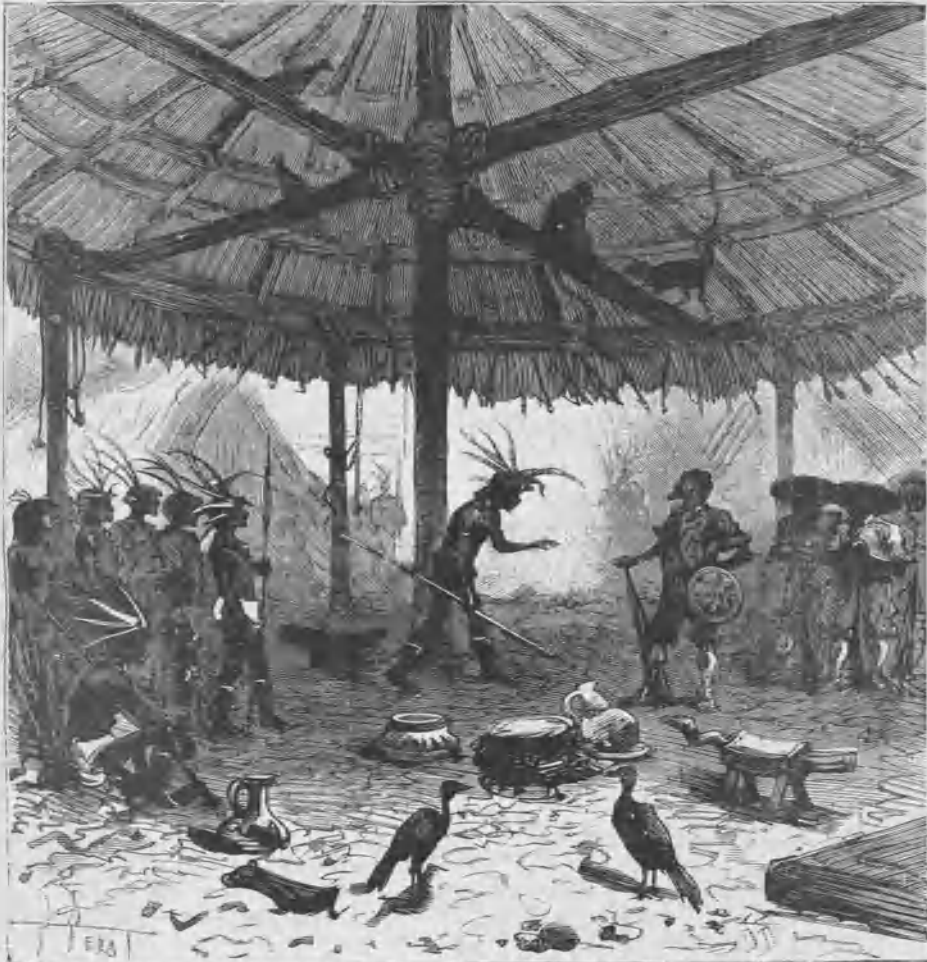
La tribu de Ackombaka, bastante numerosa, presentaba miserable aspecto. El armamento de los guerreros consistía en rompe-cabezas de madera y en flechas, cuyas puntas eran de hueso de la cabeza del asinara, ó con astillas de bado de cuato. Carecían de metales y apenas se contaban tres ó cuatro sables, otras tantas bayas y algunas navajas de poco precio.

Aquellos indios estaban flacos como si hubieran pasado hambre, y Ackombaka confesó á su nuevo amigo la penuria en que se hallaba. Los bonis de Cética, aliados con los poligidos, habían saqueado sus talas retirándose sin presentar batalla. Esperaba un refuerzo y la próxima cosecha para tomar el desquite.



Benedicto comprendió al punto el partido que podía sacar de la miseria de los indios. Tenía provisiones, armas, hachas y sables en gran cantidad. Pelo á pelo ofreció á Ackombaka ayudarlo á combatir á los negros, siempre que le acompañase en su expedición.

El piel-roja aceptó con entusiasmo. Quedó convenido que se emborracharía el arroyo. En seguida cazarian el maipuri, y los pescados y los paquidermos serian enudados al humo. Se recogería la mayor cantidad posible de yuca y de batatas y se emprendería la marcha en pos del jefe blanco.



Sea bienvenido el capitán blanco.

Ackombaka hubiera deseado llevar el mando del ejército, pero Benedicto estuvo inflexible. El miserable se reservaba, una vez logrado su intento, retirarse de la asociación y dejar á su aliado que saliera del paso como Dios le diese á entender. El tratado, que jamas se viola, se firmó con arreglo á la costumbre india. El *piaya* (hechicero de la tribu) les sacó algunas gotas de sangre mezclándola con un buen trago de cachiri contenido en un cui. Ambos jefes bebieron la mitad cada uno y quedó ratificada la alianza.

Quince días despues, una tropa numerosa compuesta de veinticinco indios, repartidos en seis canoas, y á las órdenes de Benedicto, emprendía el sospechado camino de las montañas de oro.

Los thios y los balcones le seguían con viva inquietud hácia aquel lugar, sobre el cual corrian sinietras leyendas. Pero cuando el aventurero les aseguró que solamente los blancos penetrarian en la guarida del espíritu de las tinieblas, y que luego tendrían recursos para comprar todo el ron de las Guayananas reunidas, cesaron sus temores.

Se realizó el viaje sin obstáculo, coronándole un éxito completo. El antiguo vigilante tenía tan bien tomadas sus medidas y era tan favorable la configuración del suelo, que pudo realizar sus movimientos con exactitud matemática. Reconstruyó por el opuesto lado su línea hipótesis, que debía pasar por la montaña descubierta desde el arroyo de las serpientes y prolongarse hasta el salto. Calculó el ángulo formado antes por aquella línea y la aguja de su brújula, y luego consultó sus notas. Dejáronse las canoas, quedando confinadas a una parte de la tripulación, y los hombres se dirigieron á través del bosque con víveres para ocho días.

Doce horas después se veían las montañas. Los cuatro blancos dejaron la escolta, trepando rápidamente por la cuesta. Al poco tiempo encontraron huellas de cultivo. Benedicto hizo señas á sus compañeros para que se detuviesen, y arastrándose como un jaguar avanzó sin ruido. Después de una hora de marcha silenciosa se quedó como clavado al suelo, dejando escapar una exclamación de sorpresa, casi de terror.

— ¡Yo conozco esa cara! — murmuró.

### CAPÍTULO III.

El niño hecho hombre. — El apuro misterioso. — Mitad indio, mitad francés. — Los diablitos desconocidos. — Diez años después. — Rematado noble para conocer el día. — Los émbolos de Yañón. — El dinero, según dicen, no constituye la felicidad. — Nueva leva. — El secreto de la defensa. — Cuabidades indispensables al alrededor de los bosques. — Asombro de un piel-roja. — Agricultura colonial. — La nativista necesita ser auxiliada. — Hostilidad de los a Británicos de Guayana. — Un cimón de Paraiso terrenal en el Ecuador. — *Refréctos* de ave. — Verdadera manteca vegetal. — Un sabio desconocido. — Do que lucía el parisiense por las noches. — Recolar á los treinta años. — Vegetales indígenas y vegetales exóticos. — La calatrón donada. — ¡Siempre el secreto del ar!

En cuanto el indio Santiago realizó su atrevida evasión, internóse lentamente por el bosque, rompiendo con la mano derecha algunas ramas pequeñas á fin de dejar una huella casi invisible de su paso. Creciendo de armas y de víveres, quizás se vería obligado á volver al riachuelo, que podría ofrecerle más recursos que la selva. Era necesario por esto emplear medios que le permitiesen el regreso.

Además, estaba casi seguro de no haberse engañado acerca del origen de la misteriosa señal que le decidió á precipitar los acontecimientos y á jugar el todo por el todo para quedar libre. Aquella señal, empleada por los indios del interior para comunicarse sin que se enteren los extranjeros, le indicaba sin duda alguna la presencia de amigos desconocidos que acaso seguían de mucho tiempo ántes la pista de sus raptores.

Esta sospecha iba á trocarse pronto en certidumbre. Después de avanzar con prudencia entró los arbustos y las gigantescas hierbas que cubren los terrenos de aluvión próximos al riachuelo, oyó hacia su derecha un silbido suavemente modulado. Obediendo al instinto de los hombres de su raza se detuvo, por más que aquel ruido no tuviera procedencia sospechosa. Se ocultó detrás de un grueso tronco, esperó un momento, y viendo un pelazo de rosa diorítica,

cogióle, dando con él algunos golpes secos en el árbol.

Se oyó de nuevo el silbido, pero más cercano. Santiago abandona su escondite y se dirige hacia el sitio de donde procede. No tarda en desembocar en un claro, y de repente se encuentra delante de un joven de elevada estatura que con un gran arco y un haz de flechas en la mano, le mira sonriéndose.

El indio, á pesar de su flemá habitual, se queda bruscamente sorprendido y casi espantado. Sin embargo, el aspecto del incógnito es tranquilizador y muy simpático. Podrá tener unos veinte años. Su rostro, de facciones regulares y enérgicas, respira una franqueza y una audacia que mitiga la mirada de dos grandes ojos negros de largas pestañas y de espesas cejas. La boca, guarnecida de blanquísimos dientes, está entreabierta por bondadosa sonrisa. Un bosque de largos cabellos negros y rizados se escapa de una gorrita blanca graciosamente inclinada sobre la creja y adornada con una pluma de hocco.

Brazos atléticos de enormes músculos salen, morenos, bronceados por el ardiente sol del Ecuador, de una chaquetilla sin mangas, de tejido blanco, análogo al azul que usan los marineros. El pantalón de la misma tela llega hasta la rodilla dejando en completa libertad las piernas, tan musculosas como el brazo. Llevaba los pies descalzos.

La débil figura de Santiago forma ruin contraste al lado de aquel joven de imponente estatura y de miembros robustos que parecen realizar el ideal de la agilidad y de la fuerza. He oído decir que en las orillas del Awa se encuentra una tribu de indios feroces, que no tienen ningún punto de contacto con sus vecinos. Son blancos como los hombres de Europa, fuertes como ellos y tienen barba. Son conocidos con el nombre de oyacucler. La leyenda, abultada por el terror que inspiran, les atribuye actos de inaudita ferocidad. Santiago no está muy tranquilo, pues el rostro del incógnito se halla adornado por una barba castaña, naciente, fina; una de esas barbas que dan dulzura al rostro en vez de hacerle duro. Por último, aunque su epidermis ha adquirido un tinte oscuro, color de corteza de pan, ve el indio claramente que no es el tono mate, sin transparencia, que caracteriza la piel café con leche de los de su raza.

— ¡Si fuese un oyacucler!... — se dice el pobre diablo sin atreverse á levantar los ojos é incapaz de decir una palabra.

El joven rompió el silencio.

— ¡Eh! bien — dijo empleando el patuá criollo — tú venir lado mío. Tú saber hablar criollo.

Un inmensa suspiro de satisfacción se escapó del pecho del piel-roja.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

## SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFONSO GARCÍA LÓPEZ.

—¡Una vaca, una vaca en el establo!—exclamó la tía Barberin.

Entonces, y sin poder contenernos, nos echamos á reír Mattia y yo.

La tía Barberin nos miró con verdadero asombro; pero era un suceso tan inverosímil la presencia de aquella vaca en el establo, que á pesar de nuestras risas no se lo pudo explicar.

—Es una sorpresa—dijo—una sorpresa que tenemos y vale algo más que la de las cotufas, ¿no es verdad?

—¡Una sorpresa!—replió—¡una sorpresa!

—No he querido volver á casa de la tía Barberin con las manos vacías, porque ha sido muy buena con el niño abandonado; investigando lo que podría ser más útil, he pensado que nada mejor sino una vaca para reemplazar á la *Roussette*, y con el dinero que hemos reunido acabamos de comprar ésta en la feria de Ussel.

—¡Ah! ¡hijo mío, hijo querido!—exclamó la tía Barberin sin dejar de abrazarme.

Luego entramos en el establo para que la tía Barberin pudiese examinar nuestra vaca, que ya era suya. Cada vez que notaba alguna circunstancia lanzaba exclamaciones de alegría y de admiración.

—¡Qué vaca tan hermosa!

De pronto se detuvo y dijo, mirándome atentamente:

—¡Ah! ¿Cómo ha sido eso? ¿Eres ya rico?

—¡Ya lo creo!—contestó Mattia echándose á reír;—todavía nos quedan cincuenta y ocho sueldos.

La tía Barberin repitió su estribillo, pero con una variación.

—¡Oh, hijos míos, queridos hijos!

Me puse muy contento al ver que pensaba en Mattia remiéndole en su corazón al lado mío.

Entre tanto seguía la vaca mugiendo.

—Quiere que la ordeñen—dijo Mattia.

Sin oír más fui corriendo á casa para buscar el cubo de hoja de lata en el que ordeñábamos á la *Roussette* y que estaba colgado en el sitio de costumbre, aunque hacía mucho tiempo que la tía Barberin no ordeñaba vaca alguna. Le llené de agua para lavar las tetas de la vaca, que estaban cubiertas de polvo.

¡Qué satisfacción experimentó la tía Barberin cuando vió su cubo lleno en sus tres cuartas partes de blanca y espumosa leche!

—Me parece—dijo—que va á dar más leche que la *Roussette*.

—¡Y qué buena es!—dijo Mattia;—huele á flor de naranja.

La tía Barberin miró á Mattia con curiosidad, ignorando lo que era la flor de naranja.

—Es una cosa excelente que se bebe en el hospital cuando está uno enfermo—dijo Mattia, á quien no gustaba guardar sus conocimientos para él solo.

Cuando concluímos de ordeñar la vaca, la dejamos atada en el corral para que pudiera pastar á su sabor, y volvimos á la casa, en la que, al tiempo de buscar el cubo, dejó preparadas sobre la mesa nuestra manteca y nuestra harina.

Al observar la tía Barberin aquella nueva sorpresa comenzó sus exclamaciones; pero creí que la sinceridad me obligaba á interrumpirlas.

—Esto—dijo—es tanto para nosotros como para ti; tenemos hambre y queremos comer bollos. ¿Te acuerdas como nos interrumpieron el último martes de Carnaval que pasé aquí, y cómo sirvió para freír cebolla en la sartén la manteca que habías pedido prestada? Esta vez nadie nos estorbará.

—¿Sabes que Barberin está en París?—me preguntó.

—Sí.

—¿Y sabes tambien por qué ha ido?

—No.

—Pues el motivo es muy interesante para ti.

—¿Para mí?—dijo asustado.

Pero ántes de responder, miró á Mattia como si temiera explicarse á su presencia.

—¡Oh! puedes hablar delante de Mattia—repuse;—ya te he dicho que es para mí como un hermano, y todo lo que me interesa le interesa á él tambien.

—Es muy largo de contar—me dijo.

Comprendí que se resistía á hablar, y no queriendo aprenderla delante de Mattia por temor de que se negase, decidí esperar á conocer la causa de la marcha de Barberin á París.

—¿Vendrá pronto?—pregunté.

—Me parece que aún tardará.

—En ese caso no tenemos prisa; ocupémonos de nuestros bollos, y tú me dirás despues lo que ese viaje tenga de interesante para mí, puesto que no es de temer que vuelva á freír sus cebollas en nuestra sartén; disponemos de todo el tiempo que queramos. ¿Tienes huevos?

— No, no tengo gallinas.

— Queríamos traer huevos, pero hemos desistido temiendo que se rompiesen. ¿Por qué no los pides prestados?

En su actitud embarazada comprendí que había pedido muchos y no quería pedir más.

— Es mejor que vaya yo á comprarlos — dijo — y mientras estoy fuera prepararás la masa con leche.



— ¡Una vaca, una vaca en el establo! exclamó la tía Barberin.

¿los encontraré en casa de Soquet? Creo que sí. Dile á Mattia que parta leña; es muy hábil para eso.

Fui á casa de Soquet, y compré, no solamente una docena de huevos, sino también un pequeño pedazo de tocino.

Cuando volví ya estaba la harina desleída en leche y no faltaba más que mezclar los huevos con la masa. No tendría tiempo para crecer, pero el hambre nos agujoneaba de tal modo que perdíamos la paciencia; si la masa estaba pesada, nuestros estómagos eran bastante fuertes para no quejarse.

— ¡Hola, hola! — dijo la tía Barberin agitando vigorosamente la masa — ¿cómo es que siendo tan buen muchacho nunca me has enviado noticias tuyas? Muchas veces he creído que habías muerto, pues me decía: «Si Kemi existe no dejará de escribir á su nodriza.»

— No estabas sola; yo sabía que no podrías leerlo que te escribiera y que tenías á tu lado al tío Barberin, cuyo recuerdo me daba miedo, que era el amo de la casa, como lo había demostrado vendiéndome un día por cuarenta francos á un músico ambulante.

—No hables de eso, mi buen Keni.

—No lo digo en s6n de queja, sino para explicarte la causa de no haber escrito; tenia miedo de que me descubriesen para venirme de nuevo. Pur eso, cuando muri6 mi amo, que era un hombre excelente, no me pareci6 oportuno darte la noticia.

—¡Ah! ¿Ha muerto el pobre m6sico?

—SÍ, y le he llorado mucho, porque sí hoy sé algo y si me encuentro en disposici6n de ganar el sustento, á él se le debe. Despues que le perdí encontré gentes caritativas que me recogieron y en cuya casa he trabajado; pero ¿te hubiese escrito: a Soy jardinero en la Glaci6re? ¿no hubieran ido á buscarme ó hubieran pedido dinero á aquella honrada familia? He temido de que no ocurriese ni una cosa ni otra.

—SÍ, ya le comprendo.

—Pero esto no impedia que pensase en tí, y cuando era desgraciado, lo que me ha sucedido muchas veces, siempre pedía auxilio á la tía Barberin. El día en que he sido dueño de mis acciones he venido á abrazarla, no tan pronto como quisiera, pues las cosas no salen siempre á medida del deseo, y abrigaba una idea que no era fácil de ejecutar. Había que ganar el dinero necesario para comprar la vaca, y en nuestro bolsillo no caían las piezas de oñen sueltos. ¿Ha sido preciso tocar mucho por los cuernos, ya música alegre, ya triste, andar día y noche, sudar, sufrir y padecer! Pero cuanto más sufríamos más contentos estábamos, ¿es verdad, Mattia?

—Todas las noches contábamos el dinero, no solamente el que ganábamos por el día, sino el que ya teníamos reunido, para ver á cuánto ascendía.

—¡Ah! ¿Hijos míos queridos!

Sin dejar de hablar, y mientras la tía Barberin bafía la masa para los bollos y Mattia contaba leña, yo ponía los platos, los tenedores y los vasos encima de la mesa, yendo á la fuente para llenar el cántaro de agua.

Cuando volví estaba la cazuela llena de un hermoso caldo amarillento, y la tía Barberin frotaba con un manojo de hierba el fondo de la sartén; un gran fuego ardía en la chimenea y Mattia le alimentaba rebando ramas sin cesar. Sentado en un rincón del hogar miraba Capi aquellos preparativos con tiernos ojos, y cuando se quemaba levantaba una pata y luego otra, dando un pequeño grito. La viva claridad de la llama penetraba en los rincones más sombríos, dejándome ver las figuras pintadas en las cortinas de la cama que tanto miedo me habían dado en la infancia siempre que me despertaba por la noche.

La tía Barberin puso la sartén al fuego, y tomando un pedazo de manteca con la punta del cuchillo, le dejó caer al fondo, donde no tardó en derretirse.

—Esto huele muy bien — exclamó Mattia, que estaba inclinado sobre el fuego sin temer de quemarse.

La manteca empezó á aburrar.

—Escucha cómo canta — dijo Mattia; — voy á hacer el acompañamiento.

Segun Mattia, toda debía hacerse con música; tomó su violín, y muy despacio, con la sordina puesta, empezó á armonizar el ruido de la sartén; la tía Barberin se reía como una loca.

Pero el momento era demasiado solemne para abandonarse á una alegría intempestiva; mi nodriza había introducido el cuchar6n de madera en la cazuela, sacando la masa, que colgaba en forma de largos hilos; la deposita en la sartén, y la manteca que se retira ante aquella blanca fundaci6n la rodea de un círculo rojo.

Yo tambien me incliné para ver lo que pasaba. La tía Barberin dió un golpe en el mango de la sartén y por medio de un rápido movimiento de la mano hizo saltar la masa, con gran asombro de Mattia; pero no había nada que temer; despues de obligar á la masa á que diera un corto paseo por el aire, la recibió en la sartén, donde mostró su apetitoso aspecto. Tomé un plato y puse en él el primer bollo.

Fué para Mattia, que al probarle se quemó los dedos, los labios, la lengua y la garganta; pero; no importa! prescindió de la quemadura y siguió comiendo.

—¡Ah! ¿Qué bueno está! — dijo con la boca llena.

Yo tambien me quemé; pero imitando á Mattia, no hice caso de mi quemadura.

Cuando el tercer bollo estuvo frito, alargó Mattia la mano y al mismo tiempo dió Capi un formidable aullido; reclamaba su parte, y como era justo, ofrecióle Mattia su bollo, con gran escandalo de la tía Barberin, que sentía respeto de los animales la indiferencia de las gentes del campo y que no comprendía se pudiese dar á un perro « comida de cristianos. » Con objeto de tranquilizarla, la dije que Capi era un sabio y que ademas contribuy6 á ganar el dinero para la vaca; que era nuestro canarada y debía comer con nosotros, puesto que ella declaró que no tocaría á los hallos hasta que hubiéramos saciado el hambre terrible que nos devoraba.

Mucho tiempo transcurrió antes de haber satisfecho el apetito, ó por mejor decir, la golosina; sin embargo, llegó un momento en que declaramos de común acuerdo que no comeríamos ni un bollo más mientras la tía Barberin no participase de ellos.

Ent6nces quisimos hacer los bollos, yo primero y Mattia despues. Poner la manteca y echar la masa encima no era tarea difícil, pero carecíamos de la habilidad necesaria para dar el golpe en el mango de la sartén y hacer saltar la pasta; yo tiré un bollo en la ceniza y Mattia se abrasó una mano.

Cuando quedó vacía la cazuela, comprendiendo Mattia que mi nodriza no quería hablarme delante de él acerca de « aquello que tanto me interesaba », dijo que deseaba ver si la vaca se encontraba bien en el establo, y sin atender á razones se marchó, dejándonos solos.

Yo había esperado sin impaciencia que llegase aquel momento, y fué necesario todo el interés con que asistí á la confeccion de los bollos para que no me dominase el deseo de saber lo que ocurría.

Si Barberin estaba en Paris, era, á mi parecer, para buscar á Vitalis, á fin de que le pagase las anualidades de mi alquiler. Esto era lo que yo me figuraba. Habiendo muerto Vitalis, no podía cobrar ni hacerme reclamacion alguna; pero si Barberin no me exigió



dinero, era capaz de llevarme á donde quisiera á condición de que le pagasen alguna cantidad. Esto me interesaba en alto grado, pues estaba decidido á todo antes que someterme á la autoridad del odioso Barberin; si era preciso saldría de Francia, yendo á Italia con Mattia, á América, al fin del mundo.

Mientras hacía estas reflexiones me propuse ser muy circunspecto con la tía Barberin, no porque desconfiara de ella, ¡pobre mujer! pues ya sabía cuánto me amaba; pero ella temblaba delante de su marido, yo lo había visto, y si me explicaba demasiado, podía repetirle todo lo que yo dijera, suministrándole datos para encontrarne. Si esto llegase á suceder no sería por mi culpa.

En cuanto salió Mattia interrogué á la tía Barberin.

— Ahora que estamos solos, ¿querrás decirme el interés que tiene para mí el viaje de Barberin?

— Sí, hijo mío, con mucho gusto.

— ¡Con mucho gusto! Me quedé estupefacto.

Antes de continuar miré la tía Barberin hacia la puerta.

Segura de que nadie nos oía, se volvió á mí, y hablando á media voz con la alegría pintada en el semblante, me dijo:

— Parece que te busca tu familia.

— ¡Mi familia!

— Sí, tu familia, mi buen Kemi.

— Pero ¿tengo yo familia? ¿Yo una familia, tía Barberin; yo, un niño abandonado?

— Es indudable que no te han abandonado voluntariamente, puesto que te buscan.

— ¿Quién me busca? ¡Oh!; Tía Barberin, habla, habla pronto, te lo suplico!

De repente creí volverme loco, y exclamé:

— ¡No, es imposible; el que me busca es Barberin!

— Sí, es cierto; pero por encargo de tu familia.

— No, por su propia cuenta, para tenerme consigo y volver á alquilarme; pero no me encontrará.

— ¡Oh, Kemi! ¿Cómo puedes pensar que yo me preste á esa trama?

— Quiere engañarte, tía Barberin.

— Vamos, hijo mío, sé razonable, oye lo que te digo y no te alarmes.

— Es que me acuerdo de lo que ha sucedido.

— Escucha todo cuanto yo he escuchado: esto lo creerás, ¿no es cierto? El lunes hará un mes próximamente, estaba yo trabajando en el pajar cuando un hombre, ó por mejor decir, un señor entró en la casa, donde entonces se hallaba Barberin.

— ¿Os llamáis Barberin? — preguntó aquel señor con un acento distinto del nuestro.

— Sí — respondió Jérôme — yo soy.

— ¿Sois vos el que ha encontrado un niño en París, en la alameda de Breteuil, y de cuya educación os encargasteis?

— Sí.

— Os ruego que me digáis dónde está ese niño.

— Y yo os ruego que me digáis si os interesa algo — respondió Jérôme.

Si hubiera dudado de la sinceridad de la tía Bar-

berin, hubiera creído lo que me contaba por la finura de la respuesta de Barberin.

— Ya sabes — continuó — que desde el interior del pajar se oyó lo que aquí se dice, y como se trataba de ti, aumentaban más deseos de escuchar. Pero al acercarme para oír mejor rompí una rama, haciendo ruido.



Desde el interior del pajar se oyó lo que se dijo.

— ¿No estamos solos? — preguntó el señor.

— Es mi mujer — respondió Jérôme.

— Aquí hace mucho calor — dijo aquél. — Si queréis saldrémos fuera y habláremos.

— Se marcharon juntos, y hasta pasadas dos ó tres horas no volvió Jérôme. Puedes imaginar cuál sería mi curiosidad por saber lo que habrían hablado mi marido y aquel caballero, que acaso fuese tu padre; pero Jérôme no me contestó á todo lo que le pregunté. Únicamente me dijo que el forastero no era tu padre, pero que hacía indagaciones para buscarte por encargo de tu familia.

— ¿Y dónde está mi familia? ¿Cuál es? ¿Tengo padre? ¿Tengo madre?

— Esas mismas preguntas hice á Jérôme, y sólo recibí por respuesta que no sabía nada. Luego añadió que se marchaba á París en busca del músico ambulante á quien te había alquilado, el cual te envió las señas en París, calle de Lourcine, en casa de otro músico llamado Garofoli. He conservado en la memoria todos esos nombres; haz tú lo mismo.

— Ya los conozco. No tengas cuidado. ¿Has sabido algo de Barberin después de su marcha?

— Nada; sin duda está buscándote. El señor extranjero le dió cien francos en cinco laises de oro, y luego le habrá dado más. Todo esto, así como los hermosos pañales en que estabas envuelto cuando te recogieron, demuestra que tus padres son ricos; cuando te he visto sentado junto al hogar he creído

que los hubias encontrado y que tu compañero era hermano tuyo.

En aquel momento pasó Mattia por delante de la puerta, y le llamé.

— Mattia — le dije — mis padres me buscan, tengo familia, una verdadera familia.

Pero con gran asombro mio observé que Mattia no participaba de mi entusiasmo.

Entonces le referí lo que la tía Barberin acababa de contarme.

### CAPÍTULO XXXI.

#### LA ANTIGUA Y LA NUEVA FAMILIA.

Dormí poco aquella noche, y sin embargo, ¡cuántas veces en los últimos tiempos había deseado dormir en la cama donde descansé cuando era niño, sin despertarme, acurrucado en un rincón y tapado hasta las orejas! ¡Cuántas veces, mientras dormía al aire libre, helado por el frío de la noche ó traspassado hasta los huesos por el viento de la mañana, eché de menos aquellas confortables mantas!

En cuanto me acosté me quedé dormido, pues estaba cansado de la jornada y de la noche que pasó en la cárcel; pero no tarde en despertarme sobresaltado, y siéndome imposible volver á conciliar el sueño; sentía cierta agitacion y algo de fiebre.

¡Mi familia!

Cuando me dormí pensaba en la familia, y en el corto espacio de mi sueño soñé con la familia, padre, madre, hermanos y hermanas. Durante algunos minutos viví con personas á quienes no conocia ni habia visto nunca. Cosa notable: Mattia, Lise, la tía Barberin, Mme. Milligan y Arturo eran de mi familia, y Vitalis era mi padre; habia resucitado y disfrutaba grandes riquezas; mientras estuvimos separados encontré á Zerbino y á Dolce, que no habian sido devorados por los lobos como nosotros creíamos.

Pocas personas habrá que no hayan tenido esas alucinaciones, en las cuales durante un corto trascurso de tiempo se viven años enteros y se recorren á menudo distancias inmensas; todo el mundo sabe que al despertar se conservan de un modo casi indeleble las sensaciones que se han experimentado.

Una vez despierto, volví á ver á aquellos con quienes acababa de soñar como si hubieran pasado la noche con ellos, y como era natural, no pude dormir de nuevo. Sin embargo, poco á poco perdieron su intensidad las sensaciones de la alucinacion; pero la realidad se impuso á mi espíritu para tenerme aún más despierto.

Mi familia me buscaba, mas para unirme á ella tenia que dirigirme á Barberin.

Esta idea bastaba por sí sola para turbar mi alegría; hubiera querido que Barberin no interviniese en mi felicidad. No olvidaba las palabras que dirigió á Vitalis cuando me alquiló á él, y que muchas veces habia repetido en mi memoria: «Los que hayan educado á este niño, harán negocio, y si no hubiera sido por esto, nunca me hubiese encargado de él.» El recuerdo de estas frases habia conservado y mantenido mis malos sentimientos hacia Barberin.

No era la compasion lo que le decidí á recogerme

en la calle, ni la caridad lo que le impulsó á encargarse de mí, sino sencillamente la idea de que estando envuelto en ricos pañales, tendria una familia que en alguna ocasion pagaria con esplendores mi hallazgo. Esta ocasion no llegó tan pronto como deseaba, y por eso me alquilé á Vitalis; ahora iba á venderme á mi padre.

¡Qué diferencia entre el marido y la mujer! No era por el dinero, ciertamente, por lo que está me queria. ¡Ah! ¡Cuánto hubiera yo dado porque fuese para ella la ganancia que obtendria Barberin!

Pero por más que buscaba, volviéndome y revolviéndome en el lecho, no encontraba solución alguna, y siempre volvía á la terrible idea de que Barberin me llevaria al lado de mis padres, recibiendo él la gratitud y la recompensa.

No habia otro remedio que pasar por esto; más tarde, cuando yo fuese rico, á mí me tocaba marcar la diferencia que establecía en mi corazón entre la mujer y el marido, y yo sería el que recompensaría á la tía Barberin.

En la actualidad yo no tenia que ocuparme más que de su marido, es decir, de buscarle y encontrarle, pues no era de esos hombres que no dan un paso sin prevenir á su mujer diciéndole á dónde van y dónde se les puede escribir en caso necesario. Todo lo que mi nodriza sabía era que su marido estaba en París; desde que se marchó no habia escrito ni enviado noticias segun por medio de algun paisano de los muchos albañiles que volvían á su tierra; estas delicadas atenciones no formaban parte de su carácter.

¿Dónde estaba, dónde vivía? Su mujer lo ignoraba hasta el punto de no poder escribirle una carta; pero no habia más sino buscarle en las casas de dos ó tres posaderos del barrio Montfottard; cuyos nombres conocía mi nodriza, en la seguridad de encontrarle en alguna de ellas.

Así, pues, era preciso que yo fuese á París para buscar al que me buscaba.

Indudablemente era un motivo de alegría para mí tener una familia; pero en las condiciones en que experimentaba esta satisfaccion, no dejaba de entristecerme un tanto.

Me habia complacido en pensar que podríamos estar felices y tranquilamente algunos días en casa de la tía Barberin, jugando á mis antiguos juegos con Mattia, y hé aquí que al día siguiente debíamos ponernos en camino.

Desde Chavanon tenia proyectado ir á la orilla del mar, á Esnaudes, para ver á Etienne; pero era forzoso renunciar á este viaje y á dar un abrazo á la pobre Etienne, que tan buena y cariñosa habia sido para mí.

Después de ver á Etienne entraba en mis cálculos dirigirme á Dreuzy, en el Nièvre, para comunicarle á Lise noticias de su hermano y de su hermana; tambien tenia que renunciar á este viaje lo mismo que al primero.

Agitando estos pensamientos en mi mente pasó toda la noche, diciéndome unas veces que no debía abandonar ni á Etienne ni á Lise, y otras que des-

bía correr á París en cuanto pudiera para encontrar á mi familia.

Acabé por dormirme sin adoptar ninguna determinación, y aquella noche, que, segun mis planes, debía ser la que mejor pasara, fué la más agitada y de las que peor memoria he conservado.

Á la mañana siguiente, cuando todos estuvimos juntos, la tía Barberin, Mattia y yo, al rededor del hogar donde se calentaba la leche de nuestra vaca, celebramos una especie de consejo.

¿Qué debía yo hacer?

Referí mis angustias y mis vacilaciones de la noche anterior.

— Es preciso que vayas inmediatamente á París — dijo la tía Barberin; — tus padres te buscan y no debes retardar su alegría.

La buena mujer desarrolló esta idea apoyandola en abundantes razones que me parecían unas mejores que otras á medida que las formulaba.

— Está resuelto — dije — que vayamos á París.



Todo abrazar á la tía Barberin.

Pero Mattia no aprobó, al parecer, esta resolución; por el contrario, empezó á combatirla.

— ¿Crees que no debemos ir á París? — le dijo: — en ese caso, ¿por qué no das tus razones como la tía Barberin ha dado las suyas?

Movió la cabeza.

— Bastante angustiado estoy para que te niegues á ayudarme.

— Me parece — dijo por último — que los nuevos no deben hacer olvidar á los antiguos: hasta hoy tu familia la han compuesto Lise, Etienne, Alexis y Benjamin, que te quieren como á hermano; pero de repente se presenta una familia á la cual no conoces, que no ha hecho nada por tí, como no sea dejarte en la calle abandonado, y dejas á los que han sido buenos por los que pareceu no serlo; creo que esto no es justo.

— No se puede asegurar que los padres de Kenai le han abandonado — interrumpió la tía Barberin: — acaso les haya sido robado el niño á quien lloran, á quien esperan y á quien están buscando desde aquel desdichado día.

— No sé lo que será; pero sí sé que M. Acquin recogió á Kenai cuando estaba moribundo á la puerta de su casa, que le ha cuidado como á uno de sus hijos, y que Alexis, Benjamin, Etienne y Lise le han querido como si fuera hermano suyo, y sostengo que los que le han recogido tienen tanto derecho á su amistad como los que voluntaria ó involuntariamente le

perdieron. El cariño de M. Acquin y de sus hijos es voluntario, puesto que no debían nada á Kenai.

Pronunció Mattia estas palabras como si estuviera enojado conmigo, y sin mirarme ni mirar á la tía Barberin. Sentí mucho la actitud de mi compañero, sin que la tristeza de verme censurado me impidiera conocer toda la fuerza del razonamiento. Además, me encontraba en la situación de esas personas irresolutas que se apegan á la opinión del último que habla.

— Tiene razón Mattia — dije — y debo confesar que no iba contento á París sin haber visto á Lise y á Etienne.

— ¡ Pero... tus padres! — insistió la tía Barberin.

Era preciso que me decidiera y traté de conciliarlo todo.

— No iremos á ver á Etienne, porque daríamos un gran rodeo; además, Etienne sabe leer y escribir, de modo que podemos entendernos con ella por cartas; pero antes de ir á París pasaremos por Dreuzy para ver á Lise. El retraso que esto nos origina no será considerable; Lise no sabe leer y escribir, y por ella he comprendido este viaje; la hablaré de Alexis, y rogando á Etienne que me escriba á Dreuzy, la leerá la carta.

— Está bien — dijo Mattia sonriéndose.

(Se continuará.)

# INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

## AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Es el hombre primitivo; es el hombre-fiera, que yo, antes de ahora, había reconstituido en mi imaginación como si lo tuviese delante. Este ser extraño y temible es el lazo de unión, el eslabón de la cadena, intermedio entre la numerosa familia de los *primateos* y la más extendida aún del hombre, propiamente tal. Esa espantable raza debe habitar exclusivamente dentro de la dilatada selva que de N. á S. parece dividir este inmenso territorio. Muchas veces, impulsada por el hombre, verificará terribles irrupciones en las tierras inmediatas, haciendo pasto de su ferocidad á cuantos animales y humanos seres encuentra. Tal vez presenciemos una de esas invasiones que todo lo asustan.... Pero con mi charla me olvido de lo que más nos interesa.... No podemos en modo alguno, don Félix, seguir la pista encontrada últimamente.

— ¿Por qué, doctor? — preguntó con acento contrariado el capitán Ballesta.

— Porque tan luego peseen el puente esas hordas de caníbales, se desparramarán por estos bosques y llanuras, y los encontraremos en nuestro camino.... No hay que pensar en combatir con ellos; sucumbiríamos al número. Lo más juicioso es retirarnos al fuerte y esperarles allí, porque tal vez no tardarán mucho en hacernos una visita....

— Pero Clotilde.... — balbuceó don Félix.

— Clotilde — repuso el doctor — si es que existe, según supongo, la recuperaremos, no lo dudeis; pero no olvidemos que nuestros pobres marinos, que ocupan el fuerte y no pueden presumir lo que les amenaza, perderían casi toda la existencia si fuesen sorprendidos por esas hordas feroces.... Además, tal vez se encuentre ya en el campamento vuestra esposa.... Volvamos, capitán; seguid mi consejo.

Dabó don Félix sobre el pecho el angustiado semblante, y dió con apagado acento la orden de partir según deseaba el doctor. Algunos instantes después, siguiendo el itinerario recorrido ya, volvía la expedición sobre el encaminándose al fuerte.

### III.

Á paso largo, como solía decirse, se emprendió la marcha; y veinte horas más tarde, sobre poco más ó menos, sin que ocurriera accidente alguno que sea digno de contar, llegaron los españoles á su campamento.

Ni la esposa de don Félix ni *Borrasca* se encontraban en él; esta nueva produjo dolorosa decepción en el ánimo de Ballesta; sin embargo, prescindiendo

de lo que más interesaba á su corazón para ocuparse de cuanto á la seguridad del fuerte y de los que lo habitaban convenia, dictó las medidas necesarias para librarles de una sorpresa.

Dando estaba sus últimas disposiciones, sin haberse permitido un instante de reposo, cuando presentósele Juan Perez Clafate, el cual le dijo:

— Capitán, el marinero Sebastian Pelaez, que está entre sí se las gulya ó no al otro barrío, desea hablar con usted en persona antes de hacer la última mueca.

— ¿Quién es ese Sebastian Pelaez? — prorumpió don Félix, procurando recordar por el nombre á qué individuo se refería Juan Perez.

— Mi capitán — repuso el carpintero — es aquel buen peje que tomó parte en la sublevación de Tomás, y fué el que le dejó salir de su encierro.

— ¡Ah! sí.... ¿Qué, está enfermo?

— No, capitán; es decir.... se halla mal herido.

— ¿Cómo! Pues ¿qué ha pasado?

— No sé.... Parece que el día en que usted se puso en camino para buscar á la capitana, él y otros compañeros lo enredaron con los naipes.... y por esto, por lo otro, y por lo de más allá le endiñaron en la barriga, salva sea la parte, una puñalá de las que ni el Santolito se pesca.

— ¿Quién le hirió?

— No lo quiere decir á nadie. Asegura que todo lo que le pasa lo tiene merecido. Sólo pide ver á usted.

— Vamos allá. ¿Está á bordo?

— No, capitán; la herida tiene mal cariz. Se halla en el fuerte, en la sala de enfermos. El físico del *Algeciras* dice que dentro de pocas horas sabrá dió ese barco á pique.

Solcito y afectuoso acudió don Félix junto al lecho en que postrado yacía el marinero Sebastian Pelaez. Era un hombre de cuarenta años, tez morena y enmarañados cabellos.

¿Te acuerdas de él, lector amigo? Es el que en cierta ocasión, estando de vigilante en el pasillo que conducía al encierro del contraamaestre Tomás, dirigió al capitán Ballesta, sin que éste lo advirtiese, torvas miradas, que nada bueno decían, y hasta permitióse amenazarle con el puño cerrado.

Cuando el herido vió aproximarse á don Félix, viva expresión de alegría reunió un instante sus macilentas facciones. Después, habiéndose aquel sentado cerca del lecho que ocupaba el herido, éste, en voz muy baja, apenas perceptible, y con entrecortadas frases, habló por largo espacio de tiempo.

Tal esfuerzo agotó en breve su vitalidad; y tranquilo, casi sonriente, reteniendo entre sus heladas manos la diestra del capitán, espiró á poco. Algunas horas más tarde, ante el lecho mortuorio, rodeado de los camaradas del que fué Sebastian Pelaez, Félix Ballesta leyó las preces de difuntos.

Terminada esta triste ceremonia, habló el capitán algunos instantes en secreto con su teniente, el cual, haciéndose seguir de dos marineros, africano el uno por más señas, dirigióse á espaldas de la fortaleza, y como á treinta metros de las aguas del torrente, las cuales formando un gran foso rodeaban al ribazo



Y uno de ellos, provisto de una azada, empezó á cavar en el sitio designado.

en que se elevaba aquella construcción, detúvose y examinó atentamente el terreno.

Trascurridos algunos instantes, fijóse en una gran piedra que á pocos pasos se veía; hizo la remover y ordenó á los marineros, que iban provistos de palos y azadones, que por turno cavasen en aquel lugar.

Sentíase gran calor aquel día; se despojaron de sus chaquetones los marineros, á imitación de don Raimundo, que lo había verificado ántes; y uno de ellos, provisto de una azada, empezó á cavar en el sitio designado.

La tierra parecía estar apisonada con gruesos cascotes y se la removía difícilmente; pero los picos eran pesados y los marineros los manejaban á conciencia; así es que ántes de media hora abrieron

un hoyo de un metro de profundidad y otra tanto de diámetro.

En el fondo de aquel agujero se encontró lo que se buscaba; era un gran saco de lona, que fué extraído del hoyo convenientemente.

Cercioróse el teniente de que estaba intacto, y echándosele despues á la espalda uno de los marineros, pues el saco pesaba extraordinariamente para llevarle á pulso, alejaronse de allí, paso entre paso, los tres hombres.

#### IV.

Cuando el honrado capitán Ballesta salió de la sala en que acababa de morir el hombre que no muchos meses atrás parecía odiarle, su noble fisonomía refle-



aba una multitud de afectos, que sería difícil cuando no imposible determinar.

Tristeza, ansiedad, recelos, dolorosas impresiones, todo esto y acaso mucho más trasparentebase en la anchá frente y las acentuadas facciones de aquel marino mercante, que era, en su lugar modesto, de las que más gloria y honor daban á España.

¿Qué confidencias, qué revelaciones pudo hacerle el moribundo en sus últimos instantes, que le impresionaron tan hondamente? Referiré en extracto la conversacion habida entre los dos.

— ¡Ah! venid, capitán — exclamó con balbuciente y apagado acento el herido apenas le vió. — Nuestra Señora del Cármen os lo premia. Yo, capitán, voy á morir, y quiero que ántes me perdonéis cuanto mal os he causado. ¿ No es verdad que me perdonáis?

— Con todo mi corazón — dijo don Félix encendido á pesar suyo.

— ¡ Gracias, capitán, gracias! Lo que me sucede es un hecho natural y merecido.... Yo navegaba con falso rumbo y.... ¡ era preciso que diese de quilla el barco! Os habeis sentado junto á mí; me perdonáis.... ¡ Cuánto bien me hacéis! Yo, capitán.... siempre he sido lo mismo.... ¡ nunca cuidé de mi ánima! y.... cuando ménos lo percataba ¡ cataplum! me fui de gaulandres. Yo era entre el contramaestre Tomás y los marineros que secundaban sus intenciones, el intermediario, el segundo jefe como quien dice. Yo estaba al tanto de todos los planes.... los compañeros sabían sólo lo estrictamente necesario.... Con el desastroso fin que tuvo la intencion de Tomás abrimos los que quedamos con vida tamaños ojos.... Yo, ántes de esto, os aborrecía porque dos ó tres veces me disteis órdenes que no me sentaron bien.... Tomás al mismo tiempo decíame tanto malo de vos, y me halagaba con tales promesas.... ¡ perdonad, capitán! Mucho me fatigó.... Oid lo que áun no sabéis.... Vuestro tío tenía puesto á disposicion de Tomás, en una casa de banca de Gibraltar, la suma de 2.000 duros, y corrían de su cuenta todos los gastos si os hacíais fracasos en vuestra expedicion.... Él, según me dijo, prendió fuego al entrepunto de vuestra corbeta, enfrente del cabo de Gata, cuando navegabais para Marsella....

— ¡ Ah! ¡ fué él! — dijo don Félix sin poder reprimir un movimiento de indignacion.

— Sí, capitán.... Él fué quien gobernó á un grumete de vuestro barco en la rada de Algeciras, según le he oido decir.... yo, ni tan siquiera os conocía entonces.... para que registrase vuestros papeles.... Tomás, en diferentes ocasiones, os ha sustraído algunos.... a bordo os vigilaba constantemente.... de todo daba cuenta á Mr. Cróssbow.... ¡ Valiéndose de un fogonero del *Algeciras* colocó en sus formallas el cartucho de dinamita que hizo estallar la caldera....

— ¡ Miserable, miserable! — prorumpió involuntariamente el capitán.

El marinero, fulto de alientos cada vez más, accuñándose en él por instantes el próximo fin de la vida, continuó diciendo de esta manera:

— El accidente de la brújula.... cuando estaba el barco á la altura de las islas de Cabo Verde, no fué....

cómo se dice?.... cosa natural, sino hecha á propósito....

— ¡ Ah! ¡ bien lo sospechaba yo! — exclamó don Félix. — Pero ¿ de qué manera?....

— Oid, capitán.... Mister Cróssbow dijo á Tomás lo que tenís que hacer.... le instruyó.... In....

— ¡ Acaba! — murmuró impaciente Félix Ballesta, que ansiaba conocer cómo se habia efectuado aquel fenómeno.

— Tomás ensayó.... tomó sus medidas.... hizo pruebas....

Las frases que pronunciaba el herido, más entrecortadas que ántes, salían con gran lentitud de sus labios; don Félix, poseído de viva ansiedad, estaba pendiente de sus palabras.

— La noche era muy negra.... — dijo el marinero — el timonel de cuarto era compinche de Tomás.... todo estaba á qué quieres boca.... Se amarró un braçante al rededor de la bitácora.... en él se puso un iman.... ¿ cómo se dice? ¡ ah! sí, artificial, de mucha potencia.... Con dos largos braçantes, desde afuera.... á favor de la oscuridad.... Tomás movía á placer el iman.... La aguja seguía dócilmente los movimientos de la gran fuerza que la atraía.... y arastraba.... No puedo más....

El moribundo, desfallecido, palideció intensamente y cerró los ojos.

## CAPÍTULO XV.

MURRE SEBASTIAN PELAEZ. — EL SEQUESTRO DE LA CAPITANA. — Á MERCED DE SUS RAPTORES. — LOS CRÓTALOS. — NAVAJA EN MARO.

### I.

Trascurrieron algunos minutos: de repente lanzó el marinero un grito y miró á su alrededor con espantados ojos. La presencia del capitán pareció tranquilizarle.

— ¡ Ciel! — murmuró — que me habíais abandonado.... Aun no os lo he dicho todo.... Hace unos días estuvo William en el campamento y habló conmigo.... Me hizo mil preguntas.... referentes á lo pasado.... sabía que en mi depositaba Tomás su confianza.... Me propuso, de parte de su amo, el *inglés*, darme quinientos duros si le ayudaba á robar á la señora Clotilde....

— ¡ Ah! luego es cierto que yo tío.... — balbuceó atorndo Félix Ballesta.

— Rechacé enojado su proposicion.... y áun le amenazé con decirlo todo y con ruviarle un tiro de mi carabina.... si le veía sonñar cerca del campamento.... No busquéis á la capitana en ninguna parte.... es prisionera de nuestro tío.... Yo, don Félix, he estado siempre dominado por la idea de ser rico.... Las proposiciones de Tomás.... lo mal que me hablaba de vos.... el hacernos dueños del buque é ir á San Francisco de California.... el llegar, en fin, á ser rico.... me arrastró.... ¡ Perdonadme, capitán!.... ¡ ser rico! ¿ para qué?.... ¡ Ahora lo soy yo.... pronto cerraré el ojo!.... Mirad, capitán; detrás del fuerte, á treinta metros del foso.... debajo de una gran piedra.... que mira en linea recta á un roldo, que está al Oeste, hay

enterrado un saco.... Contiene muchos pedruzcos de oro y ricas piedras.... Yo no tengo familia ni pariente alguno.... Cuando volváis á España, capitán.... repartié entre los pobres mi tesoro.... Yo he acabado....

— Dime quién te ha herido — exclamó Félix.

— Perdonalle, capitán.... yo le perdono.... Irri-  
tose porque le gané.... y en el calor de la disputa....  
¡le perdono! Yo no era malo, capitán.... la maldita  
codicia.... Dadme vuestra mano.... miro contento....

Frasas incoherentes, casi ininteligibles, continua-  
ron sin salirse de sus labios. De repente, ilumina-  
ronse sus apagados ojos con resplandor fugitivo; sintió  
don Félix que el moribundo oprimía débilmente  
su diestra, y después.... después la mirada de aquel  
hombre se volvió para siempre; el fuego sagrado de la  
vida que hasta entonces le animó, extinguióse en ella  
por toda la eternidad; pero no dejó exteriormente  
terribles onsestras de su tránsito.

Más que muerto, el que fué Sebastian Pelaez pare-  
cía dormido; leve sonrisa contraía ligeramente los  
músculos de sus labios.

Félix Ballesta contempló por algunos instantes  
aquella inerte fisonomía; luego, apoyando la cabeza  
en ambos manos, sumióse en graves pensamientos.

Las revelaciones del marinero le afectaban honda-  
mente; no porque en el fondo encerraran para él  
nada nuevo; pues por las declaraciones de los amoti-  
nados, sobrevivientes á la abortada sublevación de  
Tomás, sabía que John Crossbow era el oculto móvil  
de determinados accidentes que experimentó en su  
empresa, pero ignoraba ciertos detalles que los ex-  
plicaban por completo; conociólos ahora merced al  
relato del marinero Pelaez.

Sobre todo, la certeza de que su tío era el autor del  
incalificable rapto de Clotilde ahumaba, mejor di-  
cho, casi hacía enloquecer al honrado capitán Ba-  
llestá.

## II.

El *factotum* de Mr. Crossbow, ante la repulsa que á  
sus ofertas dió Sebastian Pelaez, aparentó desistir de  
su empeño y formar el propósito, según dijo, de ha-  
cer comprender á su patron cuán descabellados é ir-  
realizables eran sus proyectos.

Pero desde aquel instante, adoptando infinitas pre-  
cauciones para no ser visto, vigiló constantemente el  
campamento de los españoles; de este modo observó  
que Clotilde, á horas determinadas, solía dar un  
paseo....

El sagaz William adoptó sus disposiciones; y un  
día en que la esposa del capitán, seguida del contra-  
maestre y de *Urdemalas*, se había internado en el  
bosque de palmeras, á larga distancia del campamento,  
se vió de súbito asaltada por algunos desalmados  
que capitaneaba William, los cuales ahogaron sus  
gritos amordazándola con un pañuelo.

También *Borrasca* fué bruscamente acometido. Su  
fuerza y su energía víéronse pronto dominadas por  
las de sus enemigos, que le maniataron después de  
despojarle de la carabina y el revólver.

Fuerte lazo, hábilmente dirigido al cuello de *Ur-  
demalas*, inutilizó las hostiles demostraciones de éste;

acercaronse entonces á él y le pusieron un bozal. En-  
tre tanto, Clotilde había sido colocada en una parti-  
nuela, y sus raptores, cargando con ella, emprendie-  
ron después rápida marcha. *Borrasca* y el perro,  
quieras que no, fueron compelidos á seguirlos.

Caminando á buen paso, sin permitirse descansar  
un solo instante, avanzaban los secuestradores por la  
intrínseca maleza; tres de ellos, que manejaban á  
maravilla sus hachas, abrieron camino en ella.

En vano interrogó Clotilde á sus conductores  
acerca de sus propósitos; obedeciendo, sin duda, á  
órdenes recibidas, entrogábase de hombros afectando  
no comprender el idioma en que les hablaba.

Largas horas transcurrieron; al bosque de palmeras  
sucedió la llanura sembrada de manchones de altas  
hierbas, y á la dilatada planicie selvas sombrías é  
inextricables como pecas. Apenas, de vez en cuando,  
á través de su inmenso follejo y hojarasca se entre-  
veía la azulada bóveda del cielo.

Llegaron después á orillas del vaudaloso río que ya  
conoce el lector. Se detuvieron allí y uniéronlos á  
poco otro hombre, que desde el lugar del secuestro  
iba siguiéndolos paso entre paso; era el capitán  
John Crossbow.

Á su vista palideció Clotilde; su atribulado espí-  
ritu contemplaba en aquel personaje al autor de todas  
sus desventuras. Sin embargo, interpelóle enérgica-  
mente; pero á todas sus excitaciones contestó máster  
Crossbow asegurándola que apenas llegasen al cam-  
pamento inglés justificaría su conducta á extremo tal,  
que ella misma, si no correcta, la encontraría discul-  
pada.

Dicho esto, y después de hablar breves instantes  
con su satélite, se alejó de allí seguido de un ma-  
rinero.

## III.

William, á pretexto de que la temperatura refres-  
caba extraordinariamente en aquellos parajes, hizo  
que la jóven se despojase de su americana, sustituyéndola  
por otra de mayor abrigo. Dícel se mostró  
Clotilde á dicho trueque, para no dar pábulo á aque-  
llos hombres á que abusasen de la situación.

Los raptores pusieronse nuevamente en marcha;  
mas no siguieron la margen del río, sino que, pené-  
trando en él hasta la rodilla, pues en largo trayecto  
era casi nula la vegetación acuática, recorrieron una  
distancia de veinte ó más metros, y tornaron después  
á ganar la orilla.

Con oportunidad lo hicieron, porque ya algunos  
cimarranos avanzaban por el inmovible líquido, promue-  
tiéndose, sin duda, un opíparo banquete. El marinero  
de la nariz roja más que nadie se vió en peligro, por-  
que marchaba bastante rezagado; se quedó en la orilla  
algunos momentos para practicar una operación  
extraña.

Hizo jirones la americana de Clotilde, y llenándola  
después de todo en una charca próxima, los reu-  
nió á algunos huesos, evidentemente humanos, que  
la casualidad había puesto allí á su disposición. La  
entrada en el río hacia desaparecer las huellas de sus  
pasos y los huesos y sucios huraceros denunciaban su

triste suceso á los españoles, si llegaban hasta allí persiguiéndoles.

La trama era bastante buena; pero así y todo, tal vez alcanzase cumplido éxito si *Urdemalas*, como ha visto el lector, no hubiese acompañado en sus investigaciones al capitán Ballesta.

— ¡En marcha! ¡ á mostrá campanento! — gritó William, cuando se hubo reunido á sus camaradas.

Emprendieron el camino á la carrera; los horribles caimanes ganaban ya la orilla, y su persecucion es de temer, pues corren con gran celeridad en linea recta. Afortunadamente, á pocos pasos de la orilla cerrada el bosque tan espeso, que pronto se vieron libres de los repugnantes saurios.

Avanzaron por la selva á la distancia de un kilómetro; entónces hicieron alto para comer y descansar, pues buena falta les hacían ambas cosas.

En un claro de la selva, bastante espacioso, echáronse en el suelo aisladamente, y cada uno sacó las provisiones que á prevención llevaban. William ofreció algunas á sus prisioneros; Clotilde rehusó al principio, pero una expresiva mirada de *Borrasca* la movió á aceptarlas.

También hubo para *Urdemalas*, que habia sido atado al tronco de un arbusto, su correspondiente ración.

El capitán gibraltareño no se encontraba allí; tal vez temía la presencia de Clotilde para evitar enojosas recriminaciones. Muchos de los marineros habianse quedado profundamente dormidos; sólo tres ó cuatro vigilaban á los prisioneros, si bien descuidadamente, porque hasta habian abandonado sus armas en el suelo.

*Borrasca* y Clotilde estaban juntos; tentó el primero libres las manos, porque sus guardianes, para que pudiese comer, deshicieron sus ligaduras, y no se cuidaron de ponérselas luego. Con sigiloso acento conversaban los pobres secuestrados.... ¿Qué se decían? ¡ Ah! ¿de qué quieres, lector amigo, que hablasen; dada su difícil situación?

#### IV.

Trascurrían los instantes: algunos de los raptores yacían confiadamente en brazos de Morfeo; dormitaban otros, vigilaban algunos.... De repente resonaron en el bosque singulares ruidos; semejaban á los que produjesen gran número de campanillas puestas en movimiento.

— ¿Qué es esto? — preguntáronse sorprendidos los vigilantes.

El extraño campanileo aumentaba en intensidad; parecia como que se aproximaba á aquellos parajes. Uno de los marineros se internó en el bosque para averiguar la causa de aquel atronador repique. Á poco sus compañeros víéronle volver desprovisto, y gritando:

— ¡ Despertad! ¡ huid! ¡ Multitud de enormes serpientes avanzan sobre nosotros! Ellas producen ese ruido. ¡ Sin duda son las llamadas de cascabel!

— ¡ Ahora, capitana! ¡ Ahora! — dijo *Borrasca*.

Y los dos prisioneros echaron á correr con mucha presteza podían. Sus raptores apresurábanse á tomar las armas y bagajes; en medio de su espanto advirtieron la huida de los españoles, y tres de ellos lanzáronse en seguimiento suyo, mas con tal aturdimiento, que ni aún tomaron sus armas.

Corrian Clotilde y el contramaestre como si llevaran alas en los pies; pero sus perseguidores no les iban en zaga, y ganábanles terreno visiblemente.

Pasó un cuarto de hora sosteniéndose por las que tenían aquella especie de competencia; pero los ingleses les daban ya alcance. Falta de alientos la joven, se retrasaba cada vez más; sus perseguidores sólo distaban de ella algunos pasos. *Borrasca* se volvió de pronto y les hizo frente. Ellos avanzaron, y poniéndose en actitud de boxear, esgrimieron sus puños sobre el español.

— ¡ Ah! — gritó éste. — ¿ Con trompis te desencelgas, *John Bull*? ¡ Ahora verás! ¡ Espera, espera!

Y sacando de su chaqueton una enorme navaja de muelles, arremetió á sus enemigos, que volvieron grupas, y diéronse á correr como si los persiguiera el diablo.

— ¡ Ahora es la nuestra, capitana! Escapemos cuanto antes. ¡ Anima, un poco de ánimo — exclamó *Borrasca*.

Y los dos, estimulando sus bríos, continuaron la huida á través del bosque.

Los hijos de la vieja Alción encontraron el resto de su gente á media milla escasa del lugar en que habian retrocedido. *John Crossbow* se habia incorporado á sus marineros, los cuales parecían presa aún del terror que la presencia de las serpientes habia producido en ellos.

Estos reptiles, llamados comunmente culebras de cascabel (1), son terribles por la violencia del veneno que segregan de sus mandíbulas; es tal su actividad, se inocula con tanta rapidez en la economía animal, que para patentizarla se refiere el hecho de un cazador que, mordido en la mano por un erótalo, tuvo valor para hacérsela cortar de un hachazo; pero fué inútil, porque á los pocos instantes sucumbió de resultas de la absorcion que ya se habia verificado en todo.

Clámanse de cascabel á estos oídios, porque su cola finaliza en laminillas escamosas, movibles y ajustadas unas encima de otras. Con este aparato, cuando agita la cola, causa un ruido muy semejante al de una campanilla; gracias á él y á que sus movimientos no son muy rápidos, puede advertirse su presencia y escapar. Sus formas son abultadas, redondo el cráneo, fuerte y corto el hocico, y su lomo se va adelgazando en un filo bastante agudo. El color de su piel es comunmente pardo-amarillo con manchas casi negras de figura romboidal. Su aparato intoxicador, semejante al de todas las culebras de veneno, consiste en dos dientes abiertos por un canal, que descansan sobre unas vejiguillas que destilan el mortífero licor.

(1) *Crótalos* de los zoólogos; es voz tomada del griego *crótalon* cascabel.

## CAPÍTULO XVI.

APUROS Y ANGIUSTIAS DE «URDEMALAS». — LLEGADA AL PUERTO. — «CAQUAMA» NO QUIERE SER COMIDO. — LA CAYERNA. — UNA GRAN PÉPITA DE ORO.

## I.

Apénas tuvieron tiempo los ingleses para recoger sus armas y efectos, multitud de crótalos invadieron el claro del bosque; parecía aquel lugar un vivero de reptiles.

A paso rápido alejaronse de allí los tripulantes del *Great Britain*, que, á fuer de buenos marinos, si eran asados con los monstruos del mar, perdían todo su aplomo delante de los de la tierra.

En larga serie de juramentos ó imprecaciones prorumpió John Oróshaw cuando vió á sus satélites que volvían con las orejas gachas, como vulgarmente se dice, notificándole por añadidura habérselos de entre las oñas escapado los prisioneros.

Ciego de cólera, precipitose el capitán en persecucion de sus victimas; William y sus satélites le siguieron de cerca. Pero infructuosa de todo punto fué su diligencia; ni la más ligera indicacion pudo encontrar de los fugitivos. Evidentemente, mientras él los buscaba por un lado, corrían ellos en opuesto sentido.

Ya vió el lector cómo sus perseguidores dieron al fin con ellos, más que por el acierto desplegado en la empresa, por un tristísimo azar del acaso. Pero habiendo por segunda vez librándose de sus enemigos, ¿sería tanta su desdicha que volvieron á caer en sus manos?

Dejaré por un momento á unos y á otros para ocuparme de *Urdemalas*, que no por su humilde condicion de felino mereca que se le olvide ó tenga en poca estima. Creo que será de mi opinión el discreto leyente.

He dicho antes, que al hacer alto en el bosque los hijos de la Gran Bretaña, habiéndole atado á un arbolito; todos, cuando invadió aquel lugar la terrible falange de ofidios, atendieron solamente á su propia seguridad y escaparon con cuanta rapidéz podian, sin cuidarse para nada del misero sabueso, que en balde, con lastimeros y prolongados aullidos, demandaba socorro.

Desesperada era la situacion del can: probablemente, á falta de mejores presas, los crótalos se lanzarian sobre él, y entonces.... ¡padre *Urdemalas*! Con su felino intelecto comprendia toda la inocencia del peligro; de ahí que experimentaba tales congojas, que no son para desoritas.

Pero suponiendo, como me atrevo á suponer, de que existe tambien una Providencia para los perros, ésta hubo de velar entonces por los no cumplidos dias de *Urdemalas*, y permitió que el lazo que le sujetaba por el cuello estuviere lo suficientemente holgado, ó diera algo de sí la cuerda, para que, reculando y haciendo increíbles esfuerzos, poseído de terror, por librarse de aquel dogal, consiguiese, en uno de tantos tirones y forcejeos, sacar la cabeza de aquel anillo de cañamo.

Hecho esto, dar dos sonoros ladridos y una voltereta en el aire ante los repugnantes reptiles, que apénas distaban de él algunos pasos, y echar luego á correr con el rabo entre las piernas, por donde primero halló camino abierto, fué obra de un abrir y cerrar de ojos.

«¡De buena ma he escapado!» diria entonces para su pellejo *Urdemalas*.

Habría ya recorrido un gran espacio del bosque, cuando se detuvo un momento; estaba sudoroso y jadeante, pero tranquilo respecto de su vida. Vinole en aquel instante á la memoria el recuerdo de su ama, y quiso seguir su rastro; mas para esto era preciso volver al punto de partida; es decir, al lugar ocupado por los horribles ofidios.

*Urdemalas* meditó seriamente acerca de tan grave asunto; y con un sentido práctico y prudente, digno de su perrona inteligencia, optó por alejarse más, si era posible, de aquel lugar funesto, y lanzose á correr á la ventura por la dilatada selva, recorriéndola en distintas direcciones.

Por esto Clotilde y *Borrasca*, que peregrinaban tambien por aquel desierto, encontraron, segun recordará el lector, las huellas de *Urdemalas* impresas en la arenisca. Asimismo la vió despues llegar al inteligente sabueso, flaco, macilento y sucio, al fuerte español.

## II.

En la tarde del dia en que falleció Sebastian Peñaez, y cosado, en virtud de las declaraciones de éste, adoptaba el capitán Ballesta ciertas medidas encaminadas á organizar una fuerte expedicion con la cual pensaba dirigirse al campamento inglés, y rescatar allí, de grado ó por fuerza, á su querida Clotilde, presentose ésta de improviso, acompañada del contramaestre, en los límites, si puedo decirlo así, del fortificado establecimiento de su esposo.

Los marineros que primeramente les avistaron prorumpieron en gritos de alegría y jubilosas exclamaciones al verles. Con pasmosa celeridad corrió la noticia entre los expedicionarios, y no fué el último en conocerla el capitán, pues ántes que se la comunicaran hablaba presentíto su corazón al escuchar el inusitado alborozo de sus marineros.

Don Félix, el doctor, cuantos hombres se hallaban en el campamento corrieron á encontrar á los que tan inopinadamente volvian para calmar sus inquietudes.

Á pesar de las seguridades del doctor y de las esperanzas del capitán, muchos de los expedicionarios contaban ya en el otro mundo al honrado contramaestre y á la bella capitana. Pero ¡ah! ¡cuán enflaquecidos y desmejorados volvieron!

(Se continuará.)

## MATATÍAS.

En este número ofrecemos á nuestros lectores una reproducción de la estatua del reputado escultor don José Bellver, que ha merecido elogios de las personas inteligentes en tan difícil arte.

### LAS CACERÍAS EN EL ÁFRICA ECUATORIAL.

I.

Pablo Chaillu se ha revelado al mundo como otro de esos infatigables y atrevidos viajeros que de vez en cuando vienen á añadir una brillante página á la historia científica del mundo civilizado.

Al tratar de este osado viajero, no es nuestro objeto hacer de él un desconocido elogio, pidiendo al lector que nos crea sobre nuestra palabra. Relataremos sencillamente y en resumen sus principales empresas y la impresion que en cada cual produzcan será su mejor galardón.

Pero ántes de entrar en materia, ántes de seguirle en su arriesgada peregrinacion en pos de descubrimientos con que enriquecer la ciencia, necesitamos dedicarle algunas líneas para que el lector pueda identificarse con el personaje y con los lugares, y formar idea exacta, ó aproximada cuando ménos, de su situacion en cada uno de los sucesos que vamos á narrar.

Pablo Chaillu habia pasado algunos años en la embocadura del Gabon, río del África Ecuatorial, que mezcla sus aguas con las del Atlántico á pocas millas al Norte del Ecuador.

La bahía de Gabon, situada á los 0° 40' de latitud Sur y 10° 3' de longitud E. del meridiano de Greenwich, es la más hermosa de la costa occidental; y en su orilla izquierda hay un fuerte construido por los franceses en 1842, y bajo cuya proteccion se levantan varios establecimientos comerciales europeos.

Uno de ellos perteneció durante algun tiempo al padre de nuestro viajero, y entonces fué cuando éste concibió el deseo de penetrar en aquellas regiones africanas no conocidas, siguiendo el curso del Gabon hasta las *Montañas de Cristal*, donde dióla naturaleza tiene su origen.

Pablo Chaillu, mayor de edad, dueño de sus acciones y amante de la ciencia, se decidió al fin á realizar el sueño de toda su vida.

¡Ir á cazar al centro del África Ecuatorial!

Al efecto, salió de New-York y pasó en aquellas abrasadas regiones ocho años.

Los cuatro primeros fueron de escaso beneficio científico, pero no así los restantes.

De este período, que comprende desde fines de 1856 á fines de 1859, es del que vamos á hablar, por haber sido el más útil y fecundo.

Baste decir que en esos cuatro años de constante peregrinacion por comarcas desconocidas, jamas vi-

sitadas por ningún europeo, y que los indigenas llaman *Tierra Incógnita*, recorrió á pié ó navegando por ríos y lagos en las rústicas canoas construidas por los negros de troncos de árboles, más de *dos mil setecientas leguas*....

Así se comprende que haya dado muerte, embalsamada y remitido á New-York, *dos mil* aves, entre las cuales figuran sesenta especies que no menciona la Zoología; *mil* cuadrúpedos, de los cuales conservó empajados más de *doscientos*, y sobre ochenta esqueletos de otros.

Entre esos cuadrúpedos hay tambien más de veinte especies, algunas de ellas interesantísimas, ignoradas hasta que Chaillu las ha dado á conocer.

Óiguese, pues, por tales resultados, hasta qué punto han sido útiles para la Historia Natural los viajes y descubrimientos hechos por Pablo Chaillu en el África Ecuatorial.

La poblacion africana del litoral es esencialmente dada al comercio, y lo practica de una manera muy extraña, pero cuya descripcion no es propia de este lugar, con los buques europeos y americanos que en diferentes épocas del año se presentan en aquellos parajes.

Este comercio está reducido al cambio de productos; el numerario no figura para nada.

Los reyezuelos de aquellas comarcas dan *negros*, marfil, campecho, añil, etc., etc., á cambio de fusiles de ólipa, pólvora y perdigones, ron, telas de algodón, cuentas, cuchillos, espejos, abalorios, cintas, etc., etc.

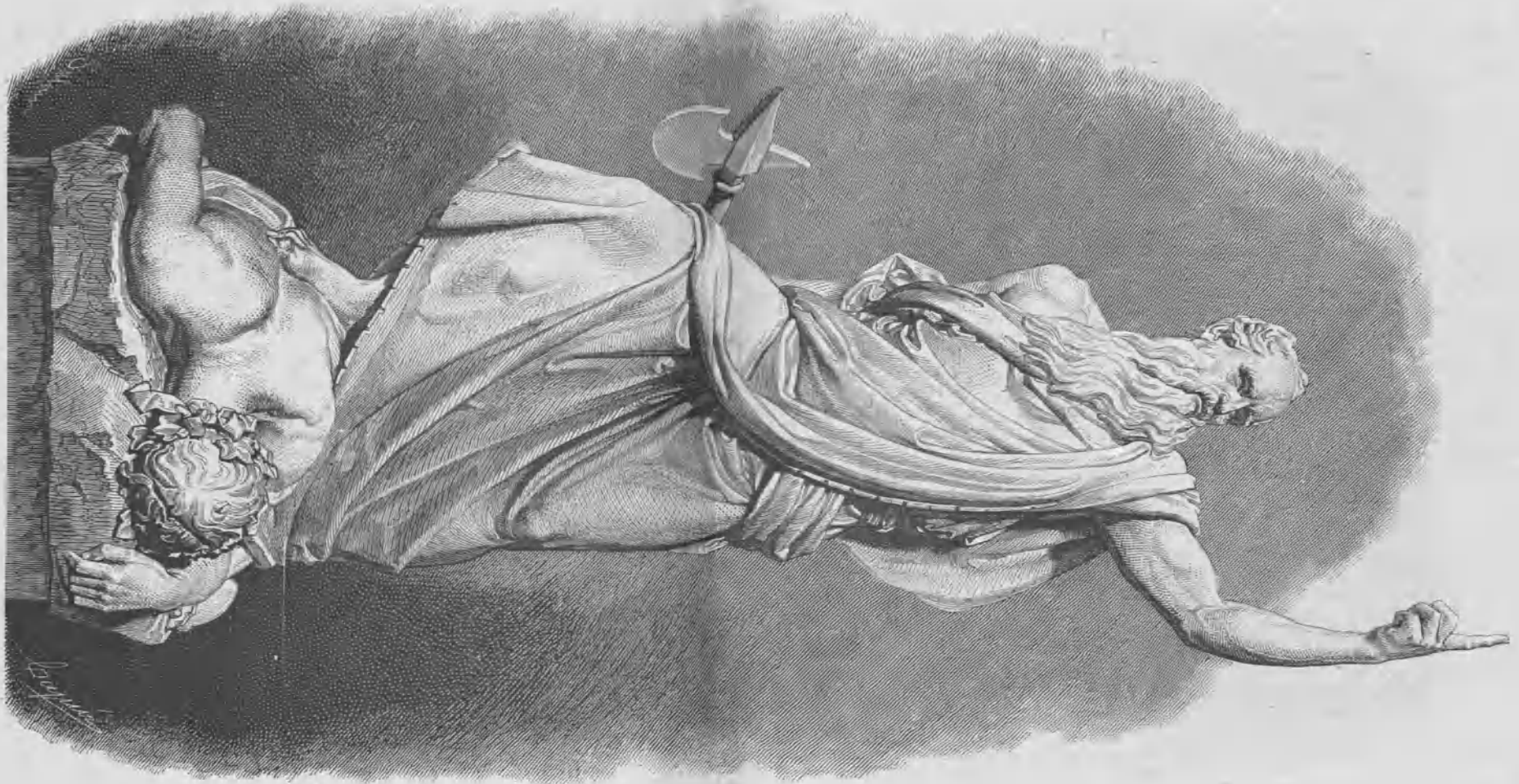
Chaillu, conocedor de estas costumbres, en vez de llevarse los bolsillos de oro, hizo una buena provision de la moneda corriente en el país. Para una expedicion que debia durar muchos meses, llevó consigo tres grandes cofres llenos de efectos de viaje, más de *doscientas* libras de pólvora gruesa, *cincuenta* de tabaco, *cincuenta* de perdigones gordos, tres escopetas de dos cañones, jamones, cajas de galleta, botellas de aguardiente, de vino y de aceite, algunos grandes mantas de lana para levantar tiendas de campaña, y los necesarios utensilios de cocina.

Como en aquella parte del África se carece absolutamente de bestias de carga, Pablo Chaillu alquilaba veinte ó treinta negros para el transporte de su pesado y voluminoso bagaje, si bien le eran más útiles los negros, que son las que allí hacen las faenas más penosas, como son el cultivo de los campos, el corte de leñas y madera, la recoleccion de las cosechas, etc.

Muchas de las peligrosas excursiones que hizo Chaillu lo fueron por tierra exclusivamente; pero cuando necesitó recurrir á la navegacion fluvial, adquirió fácilmente varias piragnas de las que construyen los indigenas.

Dadas estas noticias preliminares, vamos á seguir á Pablo Chaillu, no de lugar en lugar, de comarca en comarca, de reino en reino, sino de suceso en suceso, de drama en drama, dando la preferencia á aquellos de que no se tiene aún noticia alguna, que son enteramente nuevos en la historia de los descubrimientos y de la ciencia; pero admirando á la vez el valor y la confianza con que se abandonó constantemente en





MATÍAS.

(ESTATUA DE DON JOSÉ BRILWER.)

manos de una raza salvaje, astuta, codiciosa, coharda y cruel.

Es verdad que el hombre civilizado é inteligente es el rey de la Creacion, y que animado por el amor de la ciencia y convencido de cuanta es su fuerza, se lanza á las más temerarias empresas, seguro de quedar victorioso.

## II.

### EL GORILLA.

El objeto principal de la arriesgadísima expedición de Pablo Chaillu era penetrar en el corazón del África, recorrer sus interminables llanuras pobladas de inmensos lagos y pantanos y cruzadas por caudalosos é ignorados ríos, trepar por sus ásperas montañas de granito, calcinadas por el ardiente sol de aquellas latitudes ó cubiertas por sombríos bosques de apiñados, seculares y gigantescos árboles, y cazar el gorilla.

Porque aquellas soledades vírgenes, jamás exploradas, son el dominio del gorilla, de una especie de mono feróz é indomable, y que por su configuración física, por sus dimensiones y costumbres, es la que más se aproxima en semejanza al hombre.

El gorilla, con su ferocidad jamás vencida, es el terror de los cazadores indígenas; es el león de aquellas comarcas, el rey de aquellos bosques y de aquellas montañas.

¿Qué poderosa causa impulsa á Pablo Chaillu á buscar ardentemente tan terrible animal, cuyo solo nombre hace temblar los corazones más esforzados y cuyo encuentro lleva casi siempre consigo la muerte?

El culto de la ciencia, y tal vez algo del amor propio del hombre, del europeo, entre africanos, y del cazador.

Además le empujaba una ardiente pasión hácia lo desconocido, y el gorilla lo es tanto aún para los más famosos naturalistas, que en la mayor parte de las obras de este género, incluso las más reputadas, no se encuentra ni aún el nombre de este monstruo.

Hay más: algunos naturalistas han llegado á negar rotundamente la existencia del gorilla, muchos la han puesto en duda, la generalidad la consideraba como un cuento, una invención, un mito....

Pablo Chaillu quiso convertirla en un hecho, en una realidad y lo ha conseguido en tan prodigiosa escala como van á verlo nuestros lectores.

¿Conocieron los naturalistas de la antigüedad la existencia del gorilla?

Tal vez sí; pero en tal caso, sus trasoñteron á la posteridad más que vagos indicios de ese descubrimiento.

Tyson hablaba en 1699 de una especie de mono, al cual llamó *homo sylvestris* ó *pigmy*; Linnco le apellidó *homo troglodytes*, y Blumiembach *miria troglodytis*; más probablemente se referían al chimpanzé y no al gorilla; después vino el descubrimiento del orangutan, hecho en Borneo, y que fué llamado *simia satyrus*.

Posteriormente habló el baron de Wurmbell.

Un grau mono descubierto en Batavia y al cual se

apellidó *Pongo Wurmbey*. Cuvier opinó en 1829 que se trataba de un orangutan adulto.

En 1835, Ricardo Owen declaró que el esqueleto que tenía á la vista debió pertenecer á otra especie de monos de mayor talla que el orangutan.

En 1847 fué cuando los naturalistas se conmovieron vivamente en presencia de la primera prueba de que realmente existía esa gigantesca especie aún no conocida.

Esas pruebas fueron dos cráneos remitidos á Nueva-York por el doctor J. Leigton Wilson, misionero norte-americano, establecido entonces en las orillas del río Gabon.

El naturalista Borman hablaba al mismo tiempo de unos grandes monos no conocidos ni definidos ni clasificados, diciendo de ellos, con referencia á los negros, que su semejanza con el hombre es tal, que podían hablar como éste, pero que no lo hacen por desden, etc.

En otro lugar añadía, dando crédito á las hipótesis de los negros, que esos monos podían aprender cuanto los maestros quisieran enseñarles.

Lo indudable es que el primer naturalista que habló positivamente del gorilla, fué T. E. Bawditch, en 1819, designándolo con la palabra *ingenn*, que en el dialecto de *Ahyongue* (una de las comarcas del África Ecuatorial) significa gorilla.

Á Chaillu, pues, correspondió la gloria de ser el primero que nos ha dado á conocer exactamente el gorilla remitiendo más de veinte esqueletos á Nueva-York y á Filadelfia, y estudiando las costumbres de este animal, tan detallada y verdídicamente, que destruyendo muchas ilusiones ha fijado los límites de lo positivo.

Por el sabemos que el monstruo gorilla no se emboca en la copa de los árboles y con sus aceradas uñas se apodera del descuidado viajero; ni lo ahoga entre sus manos, ni ataca al elefante y lo vence (aunque se defiende de él á garrotazos); que no roba mujeres ni niños; que no construye una cabaña ni un lecho bajo techado; que no se le encuentra en grandes grupos, ni ataca en grandes masas al hombre: todas estas son exageraciones más propias de la imaginación del novelista que de la veracidad del historiador, como diría un joven y sapientísimo amigo mío, honor de la Academia Española, y hombre de gusto tan difeíl, que habiendo consumido muchas resmas de papel, aún no ha encontrado sitio donde colocar un elogio.

El gorilla, cuya imagen reproducimos á continuación, reside en los sitios más sombríos y solitarios de los espesos bosques africanos, prefiriendo los valles muy frondosos á las alturas más escarpadas; abrigase tras de un peñasco, y procura que éste se halle próximo á algun manantial.

El gorilla es un animal nómada, y que no permanece dos días en el mismo sitio: esto puede explicarse por la gran cantidad de alimento que necesita, y porque siendo exclusivamente frugívoro, agota fácilmente los lugares más fecundos en frutas, semillas y hojas de amana.

Hállasele casi constantemente en el suelo, pues si

alguna vez trepa á los árboles, lo hace impulsado por el hambre para coger frutas y hojas tiernas. Además, basta considerar sus gigantescas dimensiones, para comprender que su pesadez y su mole le impiden saltar de rama en rama, ni de árbol en árbol, como hacen los monos pequeños.

El gorilla prefiere á cualquier otro alimento la caña dulce, el jugo blanco de las hojas de las papayas y una especie de nueces, tan duras, que para cascárselas, á pesar de su prodigiosa fuerza, necesita hacer uso de una piedra, manejándola á guisa de martillo.

Y sin embargo, las mandíbulas del gorilla tienen tal fuerza, que se los ha visto morder, aplastar y romper el cañón de un fusil.

Es cierto que el gorilla pequeño trepa á los árboles y pasa la noche en ellos huyendo de las fieras; pero el adulto busca una piedra y se sienta de modo que apoya en ella la espalda: esta es la causa de que se le caiga el pelo del espinaza. Nunca se las encuentra reunidos en mayor número de dos, macho y hembra; si son adultos: otras veces suele tropezarse con algún macho solitario; éstos son los peores, los más fieros y más temibles.

Muchas veces sucede el encontrar toda una familia, compuesta del padre y de la madre y de tres, cuatro ó cinco gorillas pequeños.

El gorilla tiene un oído tan sutil, que es muy difícil acercarse á él sin que lo note: cuando son pequeños hay en típidamente por entre los matorrales y los pliegues del terreno lanzando gritos de terror.

Un adulto es muy feroz, y ocurre frecuentemente pasar todo el día persiguiéndolo, pisando sus recientes huellas, interin que él sólo trata de evitar el encuentro. Pero si la casualidad dispone que el cazador y el gorilla, el hombre y la fiera lleguen á encontrarse cara á cara, entonces no hay que contar con que el monstruo ceda el terreno sin luchar. La lucha es inevitable y es decisiva: no hay más remedio que matar ó morir.

Si el cazador sorprende á una pareja de gorillas, obsérvase generalmente que el macho está sentado sobre una peña ó quizá de contienda, interin que la hembra se ocupa en comer, y sin embargo, nunca es el macho quien da el grito de alarma, sino su compañera; la cual desaparece en la espesura, lanzando penetrantes gritos. El macho en vez de huir permanece sentado algunas segundos, y cuando con una mirada de enojo ha examinado la situación, frunce su horrible semblante, se levanta lentamente clavando en los invasores de su reino mirada ardiente y siniestra; se golpea furiosamente el pecho con su temible mano, levanta cuanto puede su redonda cabeza y lanza un rugido espantoso, un rugido que se percibe distintamente á cuatro millas de distancia.

Es imposible describir con exactitud el aspecto que en tal momento presenta aquel repugnante animal.

Cuando ocurren encuentros de esta clase, el cazador experimentado sabe perfectamente que la fuga es inútil, que no le queda otro medio de salvación sino arrostrar friamente el peligro, esperar á pié firme el tremendo ataque de que va á ser objeto y no

hacer fuego hasta que el gorilla se halle á ocho ó diez pasos de distancia.

En efecto, el gorilla macho y adulto, luego que ve al enemigo detenerse y tomar la defensiva, marcha hacia él lentamente y de vez en cuando se sienta, se golpea furiosamente el pecho; que resuena sordamente como un tambor y lanza un espantoso rugido; luego vuelve á incorporarse y continúa avanzando, pero como sus patas traseras, que son muy cortas, parecen insuficientes para sostener la enorme masa de su cuerpo, anda balanceándose de derecha á izquierda, y el balanceo de sus largos, gruesos, musculosos é imponderables brazos le sirve para conservar el equilibrio.

Su espacioso vientre, su grotesca cabeza rudamente soldada al espinaza y aplastada entre los hombros, sin la menor apariencia de cuello, sus músculos, sus miembros, su cavernosa voz, sus ojos grises, hundidos en las órbitas, pero de los cuales brotan llamaradas siniestras de tremenda colera, sus contraídas facciones surcadas de arrugas; sus delgadas labios, que al entreabrirse dejan ver dos hilos de formidables dientes, entre los cuales pueden ser triturados los miembros del hombre más robusto como si fueran bizcochos; todo esto, repetimos, unido al pesado y grotesco balanceo de sus brazos y su cuerpo, aumenta de una manera indocible la ferocidad de su aspecto.

Los cazadores negros saben que cuando salen de noche á la caza del hipopótamo, después de disparar contra el monstruo, deben emprender la fuga sin detenerse á mirar el efecto del tiro, pues el menor retardo puede costarles la vida; pero con el gorilla hay que proceder de un modo enteramente opuesto. Después de disparar contra la fiera, es preciso esperarle á pié firme; pues la fuga es inútil, es mortal de necesidad.

El cazador no tiene tampoco bastante tiempo para volver á cargar su arma, pues ántes de conseguirlo, llega el monstruo, y de una sola manotada le arranca con sus terribles uñas la cabeza ó le desgarrá el pecho ó le abre el vientre.

El dolor de la herida ó la detonación del arma, que tal vez le parece un rato, le exasperan en tales términos, que repitiendo su rugido se precipita como una avalancha contra el desarmado cazador; nada ni nadie puede resistir tan terrible acometida.

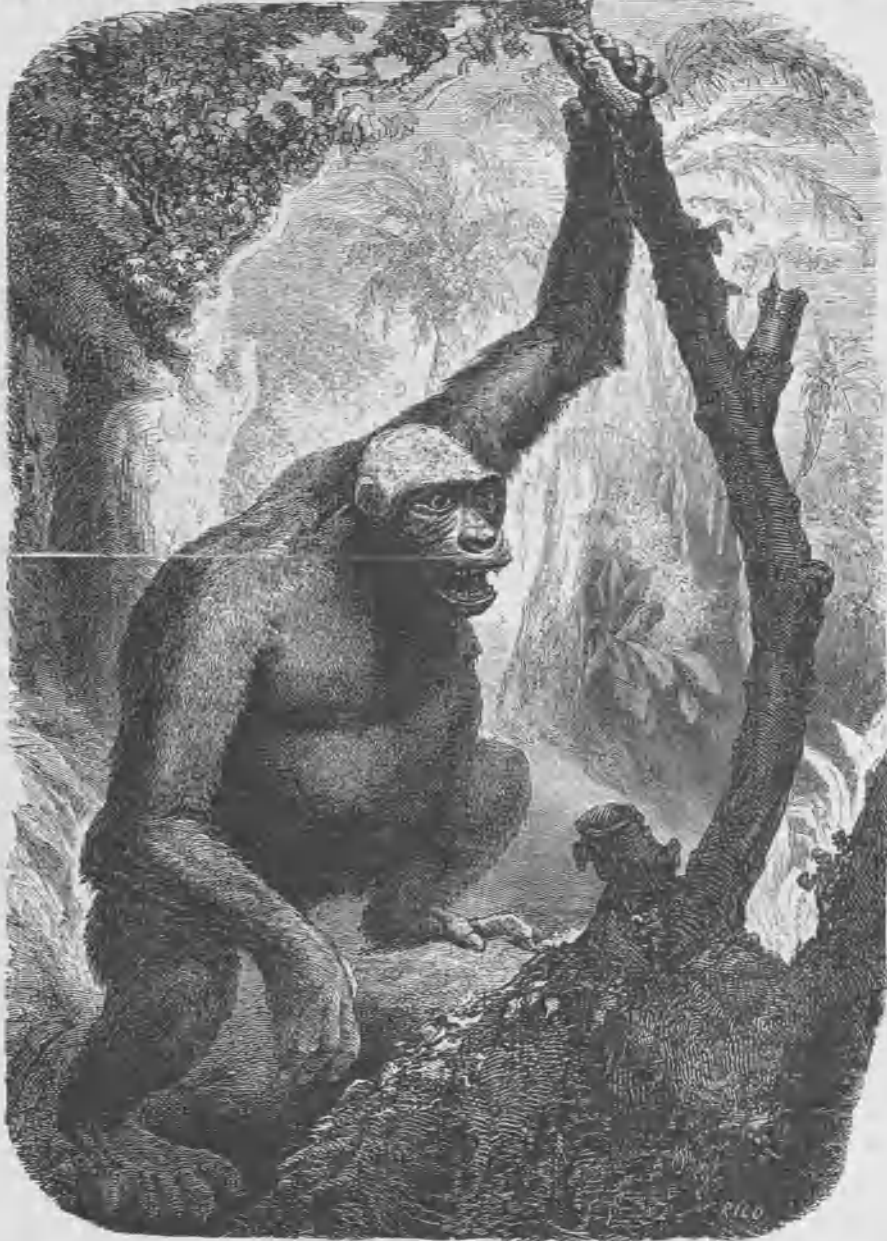
Algunos negros al verse en tal situación, haciendo una maza de su fusil, han tratado de romper á culatazos el cráneo de su adversario; ¡inútil intento! El brazo del gorilla con la pesadumbre de su titánica fuerza, cae inaplacable, rompiendo la maza y aniquilando al lanzador.

No hay fiera ni monstruo cuya acometida sea más fatal que la del gorilla, pues se coloca frente á frente, y semejante al boxeador, extiende sus dos largos é invencibles brazos, que son los más vigorosos que se conocen en el mundo. El gorilla adulto es resueltamente indomable; y cuantas tentativas se han hecho para domesticar á algunos individuos de esta especie de pocos meses de edad, han sido completamente inútiles. El gorilla no articula otros sonidos sino una especie de ladrido muy agudo; y el rugido formida-

de de que hemos hablado, cuando ataca ó es atacado. El gorilla no hace uso de más armas ofensivas que sus tremendos brazos, á pesar de que en una

lucha podrían serle muy útiles sus terribles dientes.

Los indígenas, sin embargo, aseguran que se vale de los dientes cuando incitado por la cólera y la las.



El gorilla.

civia, lucha con otro de su especie, disputándose la posesion de una hembra.

Debe ser un espectáculo tan magnífico como terrible la lucha de esos dos monstruos, cuya fuerza excede á toda ponderacion.

Los negros del interior son muy aficionados á la carne de gorilla; los que habitan en las costas la repugnan, y algunas tribus de aquéllas se abstienen de comerla influidos por una supersticion; Se consideran descendientes de un gorilla !....



Esto demuestra que el citado animal es, entre todos los conocidos hasta el día, el más parecido á la criatura humana. La estatura de los machos, siempre algo mayor que la de las hembras, varía desde cinco pies y dos pulgadas hasta seis pies y dos pulgadas; pero como nunca pueden ponerse enteramente derechos por la gran pesadumbre de su inmenso cuerpo, y marchan un tanto inclinados hacia adelante; el aspecto de los mayores es de cinco pies y nueve pulgadas.

El color de la piel del gorilla, piel tan gruesa como la del buey, es negro, siendo más oscuro en la cara, en las palmas de las manos y en el pecho. El pelo de su piel es de un color gris hierro; el de los brazos es más oscuro y suele tener dos pulgadas de largo; á medida que envejecen se vuelven grises. El pelo de la parte superior de la cabeza, desde la frente al cuello, ó adonde debían nacer el coello, es corto, de un color negro rojizo. Machos y hembras tienen el pecho pelado.

El gorilla tiene los ojos muy hundidos, particularmente si es macho, y la enorme salida del arco de las cejas da á su semblante un aspecto más siniestro y feroz.

Su boca es muy ancha; los labios, cortados rectamente, carecen de bordes rojos como las personas; sus quijadas son de una anchura y de una fuerza tremendas. Los gruesos dientes caninos del macho, que aparecen torcidos y puntiagudos cuando en sus accesos de rabia abre la boca y deja ver la enorme cavidad de su garganta, aumentan la ferocidad de su aspecto.

Las cejas, poco pobladas y mal dibujadas, se confunden con el pelo de la cabeza; las pestañas son cortas y claras; los ojos están muy separados el uno del otro; las orejas, más pequeñas que las del hombre, son casi idénticas á las de éste.

El gorilla, visto de cara, tiene la nariz chata, aunque ménos que los demás monos.

El perfil del tronco presenta una ligera convexidad; tiene el pecho grandiosamente abultado; es muy ancho de hombros, y su abdomen, de enormes dimensiones, es muy prominente y redondo por los costados. Tienen sus brazos un prodigioso desarrollo muscular y le llegan hasta las rodillas; sin embargo, no son desproporcionadas con el cuerpo, sino con las piernas, pues éstas son cortas, y su grueso disminuye bastante desde la parte inferior de la rodilla hasta el tobillo.

Las manos del gorilla, especialmente en el macho, son de un tamaño enorme, vigorosas, recogidas y gruesas; los dedos son cortos y muy gordos. Basta decir que la circunferencia del dedo anular tiene de cinco á seis pulgadas. La mano es vellada hasta el nacimiento de los dedos; éstos, como los del hombre, están cubiertos de vello.

La palma de la mano que carece de vello es callosa y muy negra. Tiene las uñas negras, pero de igual figura que las del hombre. La mano del gorilla es tan ancha como larga, otro distintivo que le asemeja á la criatura humana más que ningún otro mono.

El pié es más largo que el del hombre; tiene la planta negra y muy callosa; esos piés parecen la mano de un gigante.

Es más largo que la mano, lo propio que sucede en los hombres, y al contrario de lo que se observa en las demás especies de monos.

En suma, la semejanza del gorilla (*hombre de los bosques*, según los negros) con el hombre es tal, que al verlos discurrir por entre los árboles creese hallarse en presencia de un hombre vellado.

Chailla refirió que cuando dió muerte al primer *agwila* en *mpouque vijina en fans* (1), gorilla entre los hombres civilizados, los negros que le acompañaban votaron una cuestión para decidir á quién debía pertenecer la carne del mono; y añade, expresando su disgusto y su repugnancia: «Yo me alejé de aquel sitio, pues me convení. Dios los pardone, lo que se comen á aquellas criaturas!»

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

(Se continuará.)

## LAS DOS MADRES.

Era en aquel tiempo de las ensañadoras guerras de sucesión.

En la época á que nos referimos, el nieto de Luis XIV pretendía con derecho legítimo la corona de España, por testamento arrancado de las manos del enfermo rey D. Carlos II, el *Hechizado*, en contra del archiduque Carlos de Austria.

En estos caliginosos tiempos se multiplicaban los tristes sucesos en las familias, y recordando uno, en verdad bien triste, vamos á procurar distraer un momento la atención de nuestros lectores.

— 7 —

Al pié de Sierra Morena, á principios del siglo XVII, existía una familia que vivía en cómoda y propia casa en una tranquila é ignorada aldea. Esta familia se hallaba compuesta en los momentos á que nos referimos de una madre y dos hijos.

El padre se hallaba ausente; había huido á defender su causa con las armas, y aun cuando se pudo averiguar que no había muerto, se desconocía el punto en que se encontraba.

La horrible lucha intestina se extendió más y más, y tal se encontraron los ánimos, y de tal modo se olvidó cuanto era benéfico para la prosperidad de todos, que la guerra de sucesión se prolongó por muchos más, ocurriendo en sus postrimerias, creemos que á los doce años de existencia, el episodio que vamos á narrar.

Elena, la madre á que ántes nos hemos referido, amaba á sus hijos con frenesí, y éstos correspondían al amor maternal con otro no tan vehemente pero sí tan verdadero.

Uno de los hijos tenía una amante; una hermana

(1) *Mponque y fans*, dialectos de dos pueblos de aquellas comarcas africanas.



como dicen los poetas, de la que algun tiempo después se enamoró locamente el otro hijo de Elena, que no pudiendo sufrir tranquilamente los celos que le destrozaban el corazón al ver á su hermano objeto de las atenciones y del cariño de la hermosa Ofelia, decidióse á robar á ésta.

Ideó mil proyectos, sin aceptar ninguno, y por fin la suerte hizo que á ambos hermanos les obligasen á defender en el campo la causa del Archiduque.

Tan pronto como ocasion se le presentó al hermano despreciado por Ofelia, desertó de sus banderas, pasando á servir en las filas del rey Felipe que por

## MODISMOS ESPAÑOLES.



La atravesó de una estocada y luego se levantó la tapa de los sesos.

entonces llevaban gran ventaja á las del Archiduque.

Y no fué la pasión política la que le obligó á ser traidor á sus banderas, sino el deseo de conseguir más pronto lo que tanto ambicionaba, la posesión de la hermosa doncella.

Los dos hermanos combatían, no para conquistar la corona á sus respectivos Reyes, sino para arrebatarse la prenda disputada.

Nada mejor para esta miserable epopeya del corazón humano.

¡Valerse de una razón política para llevar al alma la mayor de las perversiones, faltando á los primeros preceptos de *Jesus* que con tanto arrojo queremos seguir por la escabrosa senda de esta miserable vida!

Hé ahí, en el cuadro que relatamos, dos hermanos que cada cual, afilado á una bandera, se ve obligado por su pasión desdichada á pelear frente á frente en el campo de batalla.

La inconsolable madre llora, y llora siempre por sus dos hijos, á los que por igual ama; y tanta es su desolación, tanto su desconuelo y su llanto, que conmovido su noble esposo, que há poco tiempo regresó al hogar abandonado para curar mortales heridas; aún convaleciente, abiertas todavía las bocas queregonan su valor en cien combates, se decide á poner término á tan horrible situación, y despidiéndose de la amante esposa y madre, á la que promete volver muy en breve acompañado de sus queridos hijos,

parte al campo más próximo decidido á practicar cuanto prometió en un instante de irreflexión.

¡Infeliz, y cuán lejos de pensar estaba en el destino que en un muy lejano tiempo á todos esperaba!

En uno de los frecuentes movimientos de los dos ejércitos hubo un pequeño choque en sitio muy próximo al lugar donde empezó la acción de nuestro relato, y aprovechando un momento oportuno el rebelde hermano despreciado por Ofelia, acompañado de varios infantes de su raza, cerró la casa en que vivía el objeto de su pasión y violentamente se apoderó de la hermosa doncella, partiendo con ella y los suyos para su campo.

La aflicción de la infeliz madre al tener conocimiento de este suceso no puede describirse.

o o o

Pasó un año, y la víspera del combate decisivo, del que señaló la terminación de tan desoladora guerra por el célebre tratado de Utrech, guerra que tanto luto trajo á esta desgraciada nación digna del mayor respeto, siquiera sea porque en el Imperio del patriotismo ha ocupado, ocupa y aun puede, y creemos ocupará el primer lugar; la víspera decimos de tan memorable día se presentó Ofelia en el pueblo de donde fué robada, y del que había huido su familia presa del mayor dolor, ocultando á la vergüenza cubdolosamente su existencia.

La infeliz Ofelia, poseída de gran terror y abatimiento, fué en busca de la desgraciada madre de su rapto, que era á la vez el padre de un hermoso niño de muy pocos meses que llevaba en sus brazos.

La sorpresa de Elena, el terror y la desesperación de que quedó poseída al tener noticia de lo ocurrido pueden comprenderla nuestros lectores, á los que hacemos gracia de su descripción.

Pasada la emoción del primer instante, las dos madres decidieron partir en busca de ambos hermanos y el padre, y al siguiente día, el mismo en que se iba á efectuar la gran batalla, á pie, solas, entregadas á su dolor, salieron en dirección al punto elegido para la lucha, adonde llegaron muertas de dolor, y despedazado el corazón, la noche que siguió al terrible combate en el que las huestes de Felipe V vencieron definitivamente á las del Archiduque de Austria.

Aterradas, locas, buscaron, inquirieron, y muy pronto hallaron un grupo de tres cadáveres casi abrazados, sin duda en las últimas evoluciones de la agonía, retratado en su semblante el más profundo odio.

¡Tres cadáveres, ¡ un padre y dos hijos!

Una amante mujer, viuda.

Una novia sin novios.

Un inocente sér, huérfano de padre.

Una patria sin hijos.

Dos madres locas y sin honra.

Y por fin, la sepultura olvidada de aquellos mártires, y la sepultura en que en vida estuvieron en un convento *las dos madres*.

LUIS VEGA-REY.

## LOS BRAZOS Y LAS MANOS

DE HIERRO EN LA EDAD MEDIA.

En estos últimos años se ha asegurado muchas veces que había pocas cosas que fueran verdaderamente nuevas y que nuestros llamados inventos y descubrimientos solían con frecuencia ser cosas que contaban siglos de antigüedad: á decir verdad, el resultado de las investigaciones de los anticuarios sirve para manifestarnos que los antiguos conocían ya siglos atrás cosas que nosotros considerábamos hace poco como de la última novedad.

Desde principios de este siglo se ha hecho una multitud de descubrimientos importantes, por los cuales hemos llegado á un conocimiento más exacto que el que teníamos anteriormente acerca de las costumbres de las naciones de la antigüedad. Los bajos-relieves y otras obras de escultura nos han manifestado cuál era su arte militar, cuál la naturaleza de sus ritos religiosos, sus ocupaciones y diversiones diarias, sus trajes y armaduras, y hasta los muebles de sus casas. Por estos restos de la antigüedad podemos decir de qué modo los asirios tomaban por asalto á las ciudades, cómo llevaban los cautivos para hacerlos esclavos, cómo hacían sacrificios á sus ídolos, cómo cocían el pan y cómo preparaban su alimento de diferentes clases; y en las ciudades próximas al monte Vesubio y sepultados durante tanto tiempo, se pueden ver aún en un estado casi completo las calles, las casas y las tiendas de un pueblo que ha existido hace ya unos dos mil años.

Estos descubrimientos han venido á probar que existe efectivamente cierto grado de semejanza entre la economía doméstica de los antiguos y la nuestra; mas, sin embargo, aunque entre la multitud de objetos antiguos descubiertos por casualidad, se han hallado algunos que ántes de descubrirlos los considerábamos como inventados modernamente, no tenemos inconveniente en afirmar que no es fácil que se encuentren indicios de que la antigüedad conociera el telégrafo eléctrico, los buques de vapor, las locomotoras, ni las prensas para imprimir.

No sabemos quién fué en los tiempos modernos el que proporcionó los brazos y piernas artificiales que aún en el día se usan; pero no tenemos duda alguna de que, quien quiera que fuese, el ingenioso mecánico que lo hiciera así tendría la firme y sincera creencia de que había inventado una cosa nueva. Los grabados que damos en este artículo indican que, sin embargo, no fué de este modo, y que hace tres siglos los armeros, como los artífices más hábiles de la antigüedad, trabajaban en objetos semejantes á los que hacen los fabricantes de instrumentos de cirugía en nuestros días, que se ocupan en sustituir la falta de los brazos ó de las piernas. En las colecciones de objetos antiguos que conservan algunos nobles en Inglaterra y en Escocia, se encuentran á veces obras de arte de esta clase: entre las más notables pueden citarse las conservadas por la familia de Clephens de Carlisle, cerca de Cupar, en Tife; son un brazo y una mano de acero ó de hierro, que se hallan en poder

de esta familia desde tiempo inmemorial. La tradición dice que pertenecieron á un señor del país, el cual los había recibido de un rey de Escocia á consecuencia de haber perdido el brazo y la mano sirviendo á su patria. En algunas crónicas y tradiciones guerreras del país se habla algo de esta mano de hierro, y aun de la casa de Carslogie, que se habla á una milla, poco más ó ménos, de Cupar, y que ha sido descrita por sir Walter Scott como una fortaleza de mucha antigüedad. Colin Clephene, que la poseía en 1815, era el vigésimo de este apellido, que tenía la propiedad de estos bienes por descendencia legítima. La mano y el brazo de que hablamos parecen pertenecer á la mitad del siglo XVI. Se dice que son obra de un artífice italiano, pero no hay autoridad alguna que lo confirme. Todas las articulaciones de la mano son móviles y están provistas de un resorte, de modo que cuando se doblan los dedos pueden coger un arma. El brazo de hierro que sir S. R. Meyrick tenía en su colección, estaba construido más toscamente y no tenía articulaciones en los dedos.

La mano de hierro de Carslogie, tal como se ve en



Los brazos y las manos de hierro en la Edad Media.

nuestro grabado número 3, es una copia sacada de la que se ha publicado en un periódico arqueológico de Inglaterra; pero debe haber sido compuesta y variada en parte, porque en un libro de antigüedades en que está citada, se dice que carecía del dedo pulgar, y un anticuario distinguido la describió también mencionando la falta de este dedo. El grabado número 1 muestra la parte interior de la mano.

El brazo y la mano de hierro del famoso Goetz ó Godofredo de Berlichingen, que murió en 1562, se conserva aún en Jannusen. Este objeto de arte tiene fama en toda la Alemania y fué fabricado en Heilbron, cerca del Neckar. Goetz era un guerrero de mucho valor, que tomó una parte muy activa en las guerras de su tiempo, particularmente

en la de los plebeyos de Franconia y de Suabia contra el obispo y los nobles; su vida, escrita por él mismo, es un cuadro curioso de su tiempo. Goethe ha hecho un bellissimo drama de los principales acontecimientos de su vida. En un libro publicado en Berlín en 1815 se encuentra un grabado que representa la mano de hierro de Goetz.

A.

### JEROGLÍFICO.



### SUMARIO.

GRABADOS.—Matías, estatu de D. José Bellver.—El gorila.—Medallas españolas.—Los brazos y las manos de hierro en la Edad Media.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTOS.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Boussenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Matías.—Las cuecerías en el Africa ecuatorial, por Felipe Carrasco de Molina.—Las dos madres, por Luis Vega-Rey.—Los brazos y las manos de hierro en la Edad Media.